

UNA NOVELA JUVENIL SOBRE EL CASO ROSWELL

La pandilla

UFO

ISRAEL MORENO



La pandilla ufo

ISRAEL MORENO

Comunidad:

Síguenos en:

Twitter: [@pndillamonstruo](https://twitter.com/pndillamonstruo)

Facebook: Israel Moreno Escritor

Copyright@2018 Israel Moreno
Todos los derechos reservados

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Edición y Corrección: Teloseditamos Servicios Editoriales

dedicatoria

Para Adriana. Esta es la historia que te prometí en la Feria del Libro de Ceuta de 2018 y que íbamos a protagonizar juntos. Espero que despierte en ti la pasión por la lectura.

PRÓLOGO

Como acabáis de comprobar, he escrito esta obra para mi sobrina de once años. Es, por tanto, una novela juvenil. Pero también tiene un propósito mayor. Aunque el objetivo es que ella y los potenciales lectores de su edad la disfruten, he intentado que pueda ser una lectura capaz de llegar todo el mundo. No solo está pensada para jóvenes sino para aquellas personas que disfrutaron en los años setenta y ochenta con esas películas de ciencia ficción y fantasía que rebosaban originalidad, despliegue visual y mucha imaginación. Todo en menos de noventa minutos. El tiempo que quizá dediquéis a leer nuestra pequeña aventura. Espero haceros disfrutar de este breve, pero intenso viaje de la Pandilla UFO.

Roswell (Nuevo México, EE. UU.), 27 de junio de 2018

Currito estaba hipnotizado con la televisión. Emitían la última versión de película *La guerra de los mundos*, una fábula de la invasión de la Tierra por parte de los marcianos y la terrible batalla que tenía que librar la humanidad para sobrevivir a la amenaza del espacio exterior. Era una adaptación de una novela de H. G. Wells. Al principio le dio un poco de miedo, pero aguantó sin problemas el resto del metraje. Quería demostrarle a su hermana Adriana que, con seis años, él ya no era un niño y podía ver todas esas películas frikis que ella consumía de forma voraz en Netflix.

Lo peor podría llegar después, cuando su hermano le contara historias para no dormir sobre extraterrestres y otros seres monstruosos.

Israel, que tenía dieciocho años, era el mayor de aquella feliz familia de hispanos, cuya presencia en territorio estadounidense era un fenómeno que crecía cada vez más. Antes, hombres o mujeres llegaban solos a la Unión en busca del «sueño americano». Ahora, estos migrantes formaban familias completas con una cultura adquirida, pero conservando sus raíces, en este caso españolas por parte de madre y mexicanas por la paterna.

Vivían en Roswell, una vasta región desértica donde el cielo y la tierra forman una única extensión barrida por el viento, lo que suponía un pastizal perfecto para el ganado. El tiempo allí trascurría impasible e inmutable.

Al benjamín del clan todos lo llamaban Currito, por mucho que su nombre de pila fuera Franklin. Era famoso por sus largos llantos y por tener una facilidad pasmosa para acabar durmiendo en medio de la cama de sus padres. Pero, por muchas reprimendas que se llevara Israel de sus progenitores, siempre intentaba asustarlo. Esa noche cálida de junio iba a ser la excepción de la regla. Israel se peinó con la mano derecha y puso fin a la velada, sin intención de alargarla más de la cuenta.

—Venga, niños. Os tenéis que acostar ya. Es muy tarde —ordenó.

—¡No! —protestó Adriana—. Hasta que no lleguen papá y mamá no pienso acostarme.

—Están cenando con unos amigos. Vete a saber cuándo tienen pensado regresar. Así que déjate de rollos. Luego te quedas hasta las tantas de la madrugada viendo series y no hay Dios que te levante... Mañana tienes que ir

al colegio —replicó Israel en plan paternalista. Para su desgracia, hacía meses que era el canguro de la familia.

Currito bostezó.

—¿Lo ves? No podéis con vuestro cuerpo. ¡A la cama! —sentenció.

Currito y Adriana refunfuñaron, pero acataron el mandato y se dirigieron al dormitorio, todavía compartido, aunque Adriana hacía tiempo que se quejaba porque quería tener su propio cuarto. Tardaron poco en estar acurrucados. Israel se despidió dándoles un beso en la frente y, cuando se disponía a apagar la luz, Adriana aprovechó para preguntarle algo.

—¿Qué disfraz te vas a poner para el Festival Ovni?

—Aún no lo sé —contestó.

—¡Yo me voy a disfrazar de E. T. el extraterrestre! —exclamó Currito. El pequeño era muy bajo para su edad, tenía una complexión redondita y resultaba entrañable con sus gafas de pasta roja. Ese disfraz le venía como anillo al dedo.

Todos los años, durante la semana del 4 de julio, se celebra el Festival del Ovni de Roswell, una de las fiestas más importantes del estado de Nuevo México, que conmemora el incidente ovni de Roswell de 1947. Es un día muy importante para la ciudad y entre los actos de estas fiestas destaca un concurso de disfraces, un desfile de carrozas con motivos extraterrestres, conciertos de música y, por supuesto, fuegos artificiales. Una fiesta ideal para atraer turistas a la ciudad y que así conozcan mejor la historia del suceso que hizo mundialmente famoso a Roswell.

Por supuesto, Adriana se lo sabía de memoria... aunque le encantaba que su hermano Israel se lo repitiera hasta la saciedad.

—¡Currito! ¿Tú sabes por qué se celebra esta fiesta? —inquirió Adriana.

—No lo sé. ¿Qué pasó?

—Pues que una nave extraterrestre se estrelló aquí, en Roswell. ¡Somos famosos en todo el mundo! Venga, Israel, cuéntaselo a Curro —suplicó Adriana.

—Mejor que no. Bastante ha tenido hoy con ver la película. No vaya a ser que tenga pesadillas y no nos deje dormir...

—¡Vamos, quiero escucharla! Ya no soy un niño pequeño —afirmó Currito convencido.

Israel dudó, pero como era su debilidad empezó a contar la historia.

—Como ya sabes, todo comenzó el 10 de julio de 1947, cuando una nave espacial desconocida se estrelló en nuestro desierto. En una noche de verano,

un supuesto objeto volador no identificado, tripulado por unas extrañas criaturas, caía sobre los terrenos de un granjero llamado Mack Brazel. Este encontró los trozos dispersos por su rancho, que medía un par de kilómetros. Estaban por doquier, desperdigados por la arena empapada y los agujeros llenos de agua. Había restos de láminas metálicas y otro material ligero como madera de balsa, extrañas fibras de filamentos y finas barras donde había grabados símbolos que le recordaban a los plasmados en arcilla por los pieles rojas, como si fueran jeroglíficos.

—¡Yo he leído que las pirámides de Egipto las hicieron extraterrestres!
—interrumpió Adriana.

—Bueno, si te soy sincero no creo que tenga que ver mucho con esto.

—Ah... Vale, pues sigue —dijo ella.

—El granjero decidió avisar al sheriff. Días después, el diario *Roswell Daily Record* publicaba que el misterioso aparato era un objeto del tamaño de una mesa, poseía caucho de color gris, gran cantidad de papel de plata, cintas adhesivas con diseños florales y varillas de madera. Pero no contaba por ningún lado con metal alguno que hubiese podido ser usado como motor. El mito creció cuando el portavoz de la base militar comunicó a la prensa que el ejército había capturado un plato volador. Los periódicos y la radio de la época reprodujeron la captura del platillo volante, aunque a los pocos días desde la Fuerza Aérea informaron que se trataba de un avanzado globo aerostático. Todo pareció olvidarse a partir de entonces.

—Vaya tontería de cuento. Al final no era verdad —se quejó Currito.

—¿Sabes que el rancho donde cayó el platillo es ese que está cerca de aquí y que a todo el mundo le da miedo? —añadió Adriana.

Israel le llamó la atención. No pretendía preocupar a Currito más de la cuenta.

—Vale. Pero no me gusta esta historia. No es verdadera... ¿no? —continuó el niño.

—Espera, espera... que ahora viene lo mejor —anunció Adriana.

—¿Cuento lo del video? —Israel lo dio por hecho—. Allá va... Ficción o realidad, la verdad es que a mediados de los años noventa hubo un acontecimiento que reforzó la historia. En 1995, la filmación de la autopsia de un alienígena generó polémicas, debates y acrecentó el relato. Millones de personas vieron en televisión cómo un equipo forense diseccionaba un cuerpo inerte en una fría habitación de algún lugar del mundo. El extraterrestre medía metro y medio, tenía la piel grisácea y seis dedos en cada mano. En aquel

entonces, todos aseguraron que se trataba de una autopsia de los extraterrestres fallecidos en el accidente de Roswell, y en ese momento se creyó que era cierto.

—¿Qué es una autopsia? —preguntó Currito. Era la primera vez en su vida que escuchaba esa extraña palabra.

Israel dudó cómo describirle eso a su hermano pequeño, pero se lanzó a dar una explicación lo más simple posible.

—Es operar a un muerto para ver qué podemos averiguar de él, como por ejemplo cómo murió.

—Pero entonces... ¿la historia es real o no? En el colegio me han dicho que todo es mentira —añadió Adriana muy segura.

—Pronto muchos especialistas desacreditaron la cinta. Posteriormente, Kodak, la empresa de cámaras fotográficas, aseguró que la película usada no se correspondía con la de la época. Casi todo el mundo piensa que el incidente ovni de Roswell es un fraude. No fue real. Solo un engaño.

—Jopé... —se quejó Adriana.

—¿Qué pasa? —preguntó el mayor.

—Que yo quiero que sea verdad... —masculló Adriana.

—No, mejor así. ¿Y si fueran marcianos malos como en la película que hemos visto hoy? —se cuestionó Currito, al que el simple hecho de pensar que fuera cierto le iba a quitar el sueño para el resto de la semana. ¡Extraterrestres allí, en Roswell! Le daba pánico pensarlo.

—Lo único claro es que, a ciencia cierta durante años, lo ocurrido en Roswell seguirá siendo un misterio... —concluyó Israel.

—Pero tú crees que es cierto. Cuando te reúnes con tus amigos en la caseta del árbol te he escuchado discutir con ellos...

—A ver, Adriana... ¿Desde cuándo espías los encuentros de nuestra Pandilla UFO? —preguntó indignado Israel.

—Bueno... a veces subo a escuchar un poco. ¡Yo quiero formar parte de esa pandilla! ¡Me encantaría buscar marcianos como vosotros! —exclamó ella.

—La próxima vez que vayas a espiarnos te la vas a ganar... Ni se te ocurra volver a hacerlo —le advirtió él, que sabía que en aquellos cónclaves no solo se hablaba de ovnis y ciencia ficción.

—¿Qué significa «ufo»? —preguntó curioso Currito.

—Pues son las iniciales en inglés de Objeto Volador No Identificado, lo que todos conocemos como ovnis. Desde la antigüedad se pensaba que estos

fenómenos eran manifestaciones de los dioses. Hoy en día se piensa que bien podrían ser fenómenos astronómicos, pero yo y mucha otra gente creemos que son visitas de seres de otros mundos que vienen a la Tierra... Bueno, basta ya, que es muy tarde, jopé. ¡Siempre me liais para trasnochar!

Israel miró a sus hermanos con gesto serio y allí terminó la conversación. Apagó la luz y les deseó buenas noches. Adriana se quedó dormida después de ver un capítulo en el Ipad de la serie *Lost in Space* debajo de las sábanas.

Para entonces, Currito ya iba por su quinto sueño. Sin embargo, en mitad de la noche, algo le despertó. Su hermana seguía durmiendo. Recordaba escenas de la película que le ponían la piel de gallina. En el exterior todo estaba silencioso, pero un haz de luz azul que se movía de un lado a otro lo desconcertó. Metió la cabeza debajo de la almohada y comenzó a llorar.

Israel se llevó la bronca del siglo en el desayuno. Su madre le advirtió que si volvía a asustar a Currito clausuraría para siempre la caseta del árbol, donde se reunía semanalmente con sus amigos de la Pandilla UFO. Sabía que si lo amenazaba por ahí conseguiría lo que quería. Adriana sonreía de forma socarrona porque sabía que, en realidad, la culpable de todo era ella.

Currito aprovechó el incidente para no ir al colegio. Había dormido poco y, como era el niño mimado de la familia, consiguió escaquearse de las clases. Se quedó con Hannah, la sirvienta matinal. Después de echar una partida a la Nintendo Switch subió al despacho de su padre y encendió el ordenador. Quería comprobar si era cierto que existía un video con cuerpos de una nave espacial en Roswell. Abrió el navegador, se redirigió al YouTube e inició la búsqueda.

Encontró un sinfín de videos de la misma escena: la filmación mostraba a unos doctores realizando la autopsia al cuerpo de un *alien*. Algunas partes de la operación estaban pixeladas... pero no pudo aguantar más de un minuto viéndolo.

Bajó a toda pastilla y convenció a Hannah para salir a jugar fuera. Necesitaba olvidarse de todo. De lo contrario, esa noche vendría, de nuevo, cargada de pesadillas.

La casa estaba rodeada de granjas levantadas sobre amplias planicies semidesérticas que componían un hermoso paisaje. Cogió su bicicleta decorada de Spiderman y dejó un rastro de polvareda por la carretera. Sin pretenderlo, se acercó a un lugar inesperado. Como le contó Israel la última noche, su casa estaba muy próxima al rancho Foster, de la familia Brazel, el lugar donde supuestamente se había estrellado el platillo volante.

Lo conocía como la Granja del Terror. Decían las malas lenguas que estaba habitada por un viejo loco, de carácter huraño, que daba pavor. Los pocos que habían tenido la desgracia de toparse con él crearon este mito. A partir de los rumores se conformó en su cabeza el retrato robot de un anciano de barba y pelo abundante, uñas larguísimas como las de un brujo de la Edad Media y que, sobre todo, odiaba que los niños jugaran cerca de su parcela.

Currito se paró delante de la puerta del rancho Foster y se quedó mirando fijamente. En una de las ventanas observó una cortina que volaba hacia el exterior. Sin esperarlo, vio una sombra con unos ojos negros que le clavaron una mirada desde las penumbras de la habitación, aunque no pudo ver ningún

rostro. Salió corriendo como alma que llevaba el diablo. Temía que lo atrapara aquel abuelo maligno y fuera lo último que hiciera en esta vida, si eran ciertas todas esas leyendas urbanas.

Mientras huía de ese misterioso lugar, entendió por qué había cerca una valla con un enorme cartel donde se leía: «UFO CRASH SITE (1947)». Toda esa historia estaba tan cerca... y hasta la última noche no había tenido conocimiento de ello.

Intentó olvidarse del susto y seguir jugando solo, pero algo le sorprendió en mitad del camino. Un extraño aparato pasó delante de sus ojos como un rayo hacia atrás y hacia adelante por encima de una plantación vecina. El objeto volador parecía un sombrero sin brillo, plateado, con un fondo plano y un borde estrecho. La cúpula curvada era relativamente empinada y uniforme en el ápice. Parecían los movimientos de un murciélago haciendo curvas cerradas en la persecución de una presa. La curiosidad de Currito pronto venció a su miedo y se acercó al plato volador en miniatura. ¿Sería uno de esos modernos drones que estaban tan de moda, manejados con un mando para hacer fotos y grabaciones de video? Recordaba haber pedido uno para su último cumpleaños, aunque no se lo compraron. Sus padres argumentaron que era demasiado pequeño y podría resultar un juguete peligroso para él.

Pero no podía ser. Cerca no había nadie con el mando... a menos que le estuviera gastando una broma pesada algún niño escondido en algún lugar cercano. Antes de que pudiera aproximarse demasiado al objeto, este le disparó un rayo cegador. Cayó al suelo de culo mientras sus ojos solo veían unas estrellas negras con un fondo azul. Por fortuna recuperó rápido la vista. Se levantó y salió corriendo en dirección a su casa. Dejó allí tirada su bicicleta sin importarle lo más mínimo. ¿¡Qué era?! ¿Un ovni...? ¡Tenía que contárselo a sus hermanos!

Esa misma tarde, Israel tenía una importante reunión junto con el resto de los miembros de la Pandilla UFO: Ralph, un chico alto y moreno de piel, de dieciocho años recién cumplidos, al que le sobraba mucha arrogancia, y Damián, el brazo débil de la pandilla, con un aspecto enfermizo por culpa de su extrema delgadez.

El gran encuentro tendría lugar, como siempre, en la casa del árbol del grupo. Una cabaña flotante donde se podían sumergir en los sonidos de la naturaleza del desierto en todo su esplendor.

El interior estaba revestido de pósteres de películas, sobre todo de ciencia ficción, la gran pasión de la pandilla: *Encuentros en la tercera fase* de Steven Spielberg, *Super 8* de J. J. Abrams o la reciente *La llegada* de Denis Villeneuve. Tenía una especie de videoclub con muchas películas en formato Bluray y hasta un Ipad Pro para consultas. Pero de lo que más orgulloso estaba era de su pequeña biblioteca. Allí, con todo ese material, estudiaban casos de avistamientos de extraterrestres, abducciones y testimonios de testigos. Por supuesto, la temática del accidente de Roswell era la estrella de la colección.

Sin embargo, toda aquella parafernalia corría el peligro de desaparecer. Esa tarde se habían reunido para discutir cómo enfocar la próxima fiesta ovni de Roswell. Israel planteaba que se podría intentar hacer una entrevista a algunas de las personalidades que visitaran el condado en la famosa reunión anual, donde participarían prestigiosos ufólogos e investigadores. Ralph y Damián no estaban de acuerdo. Querían dar un giro a los intereses del grupo.

—Acabo de cumplir la mayoría de edad. A mí esto ya me aburre. El año que viene entraremos en la Universidad... ¿De verdad piensas que voy a dedicarme en la gran fiesta de Roswell a investigar sobre *aliens* y seres del espacio exterior? Deberíamos salir a ligar con chicas y no perder el tiempo con estas tonterías —sentenció Ralph.

Israel y Ralph llevaban meses chocando. Se olía a kilómetros que su amigo había crecido de forma repentina, abandonando así la afición que compartían. Por entonces, con la tierna edad de catorce años, fundaron oficialmente lo que sería una pandilla de exploradores en busca de vida extraterrestre y, sobre todo, con la intención de esclarecer el caso del incidente Roswell sobre el que se habían escrito ríos de tinta. Damián compartía la postura de Ralph, más por dejarse llevar que por convencimiento. Desde hacía tiempo era su más fiel mascota.

—Es cierto, tío. Dejemos estas tonterías y hagamos cosas de nuestra edad —añadió Damián.

Israel estaba indignado y contestó sin pensárselo dos veces.

—¿Vais a terminar de un plumazo con la Pandilla UFO después de cinco años? Podríamos estar cerca de desenmascarar la gran verdad sobre Roswell. ¡Solo tendríamos que contactar con Raymond y hacerle una entrevista!

Raymond Carpenter era un exmilitar de la Fuerza Aérea de EE. UU. que afirmaba que los extraterrestres de Roswell eran reales. Lo explicaba en su libro *El secreto oculto de los grises*, que presentaba esa misma semana en el Museo Internacional del Ovni. Era una oportunidad de oro para descubrir qué ocurrió allí en realidad.

—¡Otro trastornado! —vociferó Ralph—. ¿A cuántos mamarrachos vamos a escuchar decir mentiras sobre nuestra ciudad? Sabes de sobra que hace ya doce años se destapó toda la verdad...

—¿Quién te dice que no es otra patraña para ocultar lo que pasó de verdad? —se preguntó Israel.

—Lo leí por internet en mil sitios —añadió Damián, que apoyaba a Ralph sin condiciones.

—Los directores que filmaron el video de 1995 dejaron claro que todo es una farsa. La exposición en el Eats End de Londres enterró la loca idea que tenemos de que aquello fuera un video real. Creo recordar que uno de los directores afirmó que había filmado la mayor parte de la película y creado los falsos extraterrestres junto a otros efectos especiales. La supuesta película real es un montaje de un video falso. ¡Utilizaron a un niño de diez años como modelo, compraron trajes quirúrgicos de los años cuarenta, utilizaron órganos de vaca, oveja, cerdo y cordero para las partes internas del extraterrestre y contrataron a varios actores! El tío dijo hasta que se arrepintió de hacer aquella broma porque toda la comunidad ovni tomó esa película como la prueba más evidente de la existencia de vida extraterrestre y no pudo frenar lo que se le venía encima...

Damián puso su granito de arena para rematar a su compañero.

—Por no hablar de la tomadura de pelo que hizo el ufólogo Jaime Maussan, cuando expuso en un museo la momia del cadáver de un niño de dos años afirmando que era uno de los que pilotaban la nave que se estrelló. ¡Otro fraude! Aquí solo vienen caraduras a tomarnos el pelo.

Israel, apenado, no sabía qué contestar. Alguien llamó a la puerta e interrumpió la discusión: su hermana Adriana.

—¿Qué quieres? —le preguntó Israel de muy malas formas.

—¿Puedo formar parte de la pandilla? ¡Ya no soy una cría! ¡Acabo de cumplir once años y me gustan estas cosas igual que a vosotros! ¡No es justo! —respondió ella enojada.

—Pues funda tu propia tribu y no seas pesada. Déjanos en paz. Estamos en una reunión importante.

—Mira, por mí si quieres puedes pertenecer al grupo, no tengo problemas. A partir de hoy, nosotros lo dejaremos. —Ralph miró de reojo a Damián, que asintió obediente.

—No serás capaz de hacer eso... —dijo Israel.

Dolido, reaccionó intentando cerrar la puerta en las narices de su hermana. Ella lo frenó en seco oponiendo resistencia.

—¡Tengo una cosa que puede interesaros a todos! —anunció Adriana.

—Basta ya, ¿eh? Déjame cerrar la puerta, por favor. No quiero hacerte daño —amenazó su hermano.

—¡Tenéis que escuchar a Currito! ¡Ha visto algo increíble! ¡No te lo vas a creer! —exclamó ella.

Todos se quedaron intrigados. Currito apareció de la nada y obligó a entrar en la caseta a su hermana con un empujón. Parecía nervioso y sudaba excitado.

—¡Hermano! ¡He visto un platillo volante! ¡Te lo juro! —aseguró el niño.

Ninguno supo reaccionar durante unos segundos hasta que Ralph rompió el hielo.

—¿Tan desesperado estás que has tenido que convencer a un bebé para contarnos esta milonga?

—No, no sabía nada de esto. Curro, por favor, no te inventes tonterías —contestó Israel.

—¡Que no! ¡Es verdad! ¡Lo he visto esta mañana! Era así de pequeño. —Unió sus dos manos para mostrar el tamaño del supuesto aparato.

Ralph se echó a reír.

—Sí, claro. Como los de la película de *Nuestros maravillosos aliados*. Anda ya... No existen ovnis tan pequeños. Tú lo que has visto es un juguete y te han tomado el pelo. Damián, vámonos y dejemos a nuestro amigo con la Guardería UFO —ironizó entre risas.

—Haced lo que queráis. Pero no volváis a suplicarme en el futuro para entrar de nuevo en la pandilla —finalizó Israel mientras veía cómo se marchaban.

El enfado le duró a Israel un buen rato.

—¡Lo habéis hecho a posta! ¡Queríais humillarme delante de mis amigos!
—se quejaba.

—¡Que no! —se defendió Adriana.

—¡¿Entonces por qué habéis montado este numerito?!

No paraba de darle vueltas a lo ocurrido hasta que su hermano pequeño le dio más detalles sobre el avistamiento. Las primeras dudas dieron paso a la curiosidad. ¿Por qué no intentar ver esa misma tarde si lo que decía Currito era verdad?

Los tres hermanos caminaron en dirección al rancho Foster. Israel les advirtió que era un lugar peligroso. Corrían muchas habladurías sobre ese lugar. Algunos decían que estaba encantado y el viejo dueño había perdido la cabeza, obsesionado con el acontecimiento que afectó a su abuelo. Sea como fuere, parecía que la economía del clan no pasaba por sus mejores momentos y el lugar acumulaba máquinas oxidadas, herramientas rotas y un granero que estaba medio derrumbado.

—No tenías que haberte acercado a este sitio. Aquí se estrelló la nave espacial y vive el nieto de Mack Brazel, el que encontró los restos de objetos extraños dispersos. Dicen que es un peligroso perturbado, así que no vuelvas a venir solo.

Se quedaron petrificados viendo la tétrica propiedad.

—¡Allí! —gritó Currito.

—¿Dónde?! —preguntó Israel esperando ver al objeto volador.

—¡Es mi bicicleta de Spiderman! ¡La dejé en la carretera y ahora está ahí, dentro del rancho! —Indicó el niño con el dedo.

Israel tragó saliva y entró en el recinto. Temía toparse con el lunático. Miraba para todos los lados, nervioso, pero no hubo ningún encontronazo. Pudo sacar la bicicleta sin mayor dificultad.

La incomodidad de la situación no les hizo frenarse. Siguieron hacia adelante y llegaron al lugar en el que el pequeño tuvo la revelación del artefacto.

Exploraron el lugar a conciencia sin encontrar nada. El atardecer les invitaba a volver a casa hasta que ocurrió lo inesperado y la paciencia dio sus frutos. Se encontraron cara a cara con el objeto.

—¡Mirad! —gritó Currito.

—¡Hostia! —exclamó Israel, sorprendido.

—¡No digas tacos! —le advirtió Adriana, que siempre estaba reprendiéndole ante las palabras malsonantes.

El objeto plateado volaba casi un metro por encima del terreno y brillaba. Al acercarse, los niños se dispersaron. Cuando habían perdido de vista al aparato, Israel paró en seco y, jadeando, miró al horizonte del camino.

—Somos unos cobardes —se lamentó Adriana.

—Lo siento, no soy tan valiente como crees. Me gusta mucho este tema, pero jamás me había topado con uno de verdad. No hay excusas. Tenemos que

volver a comprobar si es un juguete o no. Deberíamos capturarlo... si nos deja.

Se armaron de valor y regresaron al mismo lugar. Caminaban despacio. Su coraje se vio recompensado cuando encontraron el objeto tirado en el centro de la carretera. Los hermanos tomaron una foto con el móvil, por si se les escapaba esta vez. Cuando el flas se disparó, el artefacto comenzó a girar. Se elevó en el aire emitiendo una luz que era mucho más brillante que la anterior... para volver a caer en picado hacia el suelo. El objeto continuaba girando, como si intentara hundirse... hasta que dejó de moverse.

Israel dudó, pero se movió con cautela hacia el platillo volante. Luego se agachó con miedo y decidió levantarlo con las manos. Mientras lo hacía, sintió que algo se agitaba en su interior. Los chicos se maravillaron con la recompensa y lo envolvieron en una bolsa de plástico para guardarlo en la mochila con la intención de llevárselo a casa.

Cuando regresaron, sus padres ya estaban preparando la comida, así que lo dejaron en la cabaña del árbol. Cenaron de forma precipitada y no pudieron disimular que estaban nerviosos.

Al término de la comida, el padre les propuso que vieran una película juntos, mas ellos se negaron. Para la ocasión seleccionó la segunda parte de *Independence Day*, aunque las críticas decían que era una apestosa secuela infame.

Tenían que volver a examinar su inclasificable hallazgo, que podría significar un antes y un después en la historia de la humanidad... o una decepción, como el juguete de algún crío. Con respecto al descubrimiento, Israel, que era una enciclopedia para esto, solo recordaba una historia parecida, pero casi desconocida, en Japón: un estudiante de trece años encontró un artefacto parecido en 1972. De ese caso inexplicablemente existía muy poca información en el mundo occidental. Casi nadie conocía el encuentro del muchacho llamado Michio Seo, que camino a casa desde la escuela, presuntamente, capturó un increíble objeto metálico que flotaba sobre un campo de arroz. Pero se echó un tupido velo sobre el asunto y poco más se supo de aquella historia oriental.

Al volver a la casita del árbol, temieron que no estuviera allí y...en efecto. ¡Había desaparecido!

No se lo podían creer. Habían perdido de forma estúpida un gran hallazgo. ¿Cómo era posible que el platillo hubiera desaparecido en tan extrañas circunstancias? Por más que lo buscaron por los alrededores, no pudieron terminar con su enorme decepción. Israel estaba especialmente afectado. Solo pensar que podría haber dado una lección a sus amigos le hacía cabrearse más todavía. Esa noche apenas durmió unas horas.

Al día siguiente tocaba volver a clase, al New Mexico Military Institute. En ese centro ofrecían una educación mixta integrada en los valores y cualidades del liderazgo militar. Fue fundado en 1891 y, aunque se vendía como un lugar que no era un reformatorio ni parte del Ejército, a Israel no le gustaba demasiado ese sistema educativo basado en la disciplina marcial; en los valores de honor, deber y logro.

Odiaba ese sitio y suspiraba por largarse cuanto antes de allí. Apenas conservaba amigos y los únicos que tenía (Ralph y Damián) lo abandonaron el día antes dejándole en la estacada. Su sufrimiento como inadaptado social ya no conocía límites. Por ello, contaba cada día del calendario para irse a la Universidad de Nuevo México y estudiar el grado de Física. Su sueño: ser ingeniero de la NASA. Trabajaría sobre las leyes que rigen el Universo, recabando información a través de métodos experimentales para comprobar o refutar hipótesis. Conocería las relaciones matemáticas entre los elementos para obtener información vital del espacio, donde el nivel de gravedad era bajo. Tendría datos relevantes para los astronautas, ingenieros aeronáuticos y todos los profesionales implicados directamente con la vida en el espacio. Pero lo que más le motivaba era ser protagonista directo del descubrimiento de vida extraterrestre. Un hecho anunciado por la NASA en un máximo de veinte años, tal como leyó en el *Daily Mirror*.

Para él era muy evidente que, si en los últimos veinticinco años se habían descubierto más de tres mil quinientos planetas pertenecientes a cientos de sistemas solares y muchos de ellos estaban orbitando dentro de la zona habitable de su estrella, donde la temperatura permitiría la existencia de agua en la superficie... tenía que existir la vida fuera de la Tierra sin ninguna duda.

Estos pensamientos se desvanecieron cuando la profesora de Matemáticas le despertó, dejándolo en ridículo ante el resto de la clase, que arrancó a reír a carcajadas. Se disculpó, pero no veía la hora de que terminaran las clases. Ese día era especial para él. Pidió permiso para comer en el centro de la ciudad y

luego dirigirse al museo de ovnis de Roswell, el International UFO Museum.

Ese día la entrada era gratis, pues se celebraba un gran evento. El museo se fundó en 1991 para ofrecer información sobre extraterrestres, platillos voladores, los fenómenos de los ovnis, las abducciones y, sobre todo, para poder explicar con todo lujo de detalles el caso de Roswell.

Le encantaba el apartado especial dedicado a imágenes de círculos en los campos de cultivo, hechos por presuntos extraterrestres. También albergaba una librería en la que los visitantes podían consultar toda la bibliografía existente sobre esos temas, en la que él había permanecido una incontable cantidad de horas. Para rematar no podía faltar la típica tienda de regalos y *souvenirs*. Lo cierto es que su fundador, Glenn Dennis, famoso testigo del incidente, murió en 2015, pero en vida fue una persona que supo sacar partido a la explotación de ese fenómeno, al igual que el resto de la ciudad, convertida en un parque temático de ciencia ficción.

Roswell era una pequeña pero cuidada ciudad de Nuevo México que tenía buena conexión por carretera, varios hoteles, restaurantes de calidad y muchos lugares para recorrer. Pero, aunque resultara extraño, habían tardado un poco en darse cuenta del potencial turístico que ofrecía contar con el avistamiento más famoso de un ovni. De las pequeñas tiendecillas con figuras «made in China», la localidad había pasado a contar con nueve centros dedicados a la ufología, al espiritualismo y a la historia acaecida.

Por eso él quería demostrar a toda costa que todo era real y uno de los que apoyaban esta teoría era Raymond Carpenter, que presentaría y firmaría su libro en la sala de eventos del museo. Israel estaba ansioso por que llegara ese momento y conocer la teoría de la persona que afirmaba que el caso de Roswell era real.

Raymond Carpenter fue recibido por los pueblerinos como una estrella mundial. Cuando subió al estrado, la gente aplaudió sin parar. En el fondo, por muy rocambolescas que fueran sus teorías, los presentes deseaban que el autor de ese libro tuviera razón para aumentar el ya de por sí voluminoso negocio en torno al suceso. Aún se acordaban del jarro de agua fría que supuso para los habitantes el que los directores del documental de la operación de los extraterrestres afirmaran, doce años antes, que todo era falso. Por ello, había tanta expectación en torno a la conferencia de Carpenter y su libro.

Cuando se acercó al micrófono para empezar el discurso, los presentes guardaron absoluto silencio. Antes, el director del museo hizo una breve presentación.

—Raymond Carpenter trabajó durante cuarenta y dos años como ingeniero y científico en WPAFB, la base de la fuerza aérea de Wright-Patterson en Dayton, Ohio, y ha escrito un libro sobre toda su actividad llamado *El secreto oculto de los grises*, donde trata temas tan relevantes como el que nos interesa en Roswell. Sin más dilación, le doy la palabra.

El público empezó a aplaudir. Israel estaba emocionado y ansioso por escucharle.

—Buenas tardes. En primer lugar, les doy las gracias por acudir a esta presentación. Quisiera felicitarles por la fiesta anual que celebran en torno a la temática ovni. También me gustaría trasladarles que quiero que esta charla sea activa. Por tanto, pueden intervenir cuando quieran. Deseo que haya un diálogo abierto y me gustaría escuchar sus testimonios y opiniones.

Raymond hizo un pequeño parón, bebió agua y reanudó su discurso:

—Soy un militar retirado y mi mentor, Alan, con quien trabajé en la base, me reveló este secreto que ahora les voy a contar. Los restos de la nave extraterrestre siniestrada el 10 de julio de 1947 en Roswell junto al cuerpo de los pilotos alienígenas fallecidos en el accidente fueron trasladados a la cárcel secreta de WPAFB. Sí, señores, han escuchado bien: una cárcel. La base cuenta con varias cámaras criogénicas e instalaciones con control de temperatura, donde se almacenan artefactos extraterrestres y restos de ovnis, además de cuerpos hallados en los lugares de los incidentes. La base alberga un vasto complejo de bóvedas llenas de seres de otros planetas vivos y muertos. Es el tema central de mi libro.

Un señor mayor levantó la mano para hacer una pregunta. Raymond,

diligente, le concedió la palabra.

—Buenas tardes, señor Carpenter. Nos da detalles sobre esa supuesta cárcel, pero... ¿la ha visto usted con sus propios ojos?

El dardo envenado no pareció incomodar al autor, que respondió seguro:

—Nunca he visto con mis propios ojos ni a los alienígenas ni las naves. No obstante, allí pude observar la presencia de los «hombres de negro en la vida real», vestidos con abrigos y sombreros negros en verano. Creo que eran agentes de una agencia gubernamental, encargados de robar la evidencia. Eso sí —puntualizó—, cuando mencionaba el tema en reiteradas ocasiones ni una sola persona me dijo que allí no hubiera extraterrestres. Siempre me sonreían, pero nunca me dieron una negativa. Existen túneles y bóvedas en las que los *aliens* o, mejor dicho, los «grises», tal como los llamo en mi libro, son mantenidos cautivos. Pero como no los he visto en persona no puedo afirmar con rotundidad que estén actualmente en la base.

—Y si usted está tan seguro de que allí hay una cárcel de este tipo... ¿por qué el Gobierno no lo ha hecho público? —añadió de nuevo el interlocutor.

—Todavía no estamos listos para la divulgación completa. A los Gobiernos les gusta esconder secretos porque eso es lo que los mantiene a salvo. Imagínese el caos que se podría producir ante un anuncio de ese tipo. Los mercados, la bolsa... todo podría venirse abajo, por no hablar de una histeria colectiva incontrolable. Ustedes saben que, cuando la fuerza aérea hizo el anuncio de que en 1947 tenían un platillo volador en Roswell, la cosa no fue tan bien... No creo que hoy en día estemos mejor preparados para una noticia de esa envergadura. Con la globalización podría llegar a ser, si cabe, mucho más desastroso que en el pasado...

El director del museo le lanzó otra cuestión tras el debate.

—Como bien sabe, en el 2006 se anunció que la película de la operación del alienígena de Roswell era falsa. ¿Cómo podemos creer su versión, que afirma que está conservado en una cárcel del Gobierno y que es real?

La contundente respuesta de Raymond Carpenter no se hizo esperar.

—Piense, señor director, que, aunque ese video de la autopsia extraterrestre sea falso, eso no significa que el incidente de 1947 lo sea. La grabación data de 1995. El hecho de que sea un montaje no implica que un granjero décadas antes no encontrara el platillo volante. Señores, sé que mis teorías pueden sonar extravagantes, pero solo pretendo documentar con mi investigación y dejar que cada uno de ustedes sentencie por sí mismo cuando lea mi libro, si tengo ese honor. Presento nuevas teorías, les muestro

evidencias y les dejo tomar una decisión al respecto...

El director del museo dio por finalizada la conferencia, pero antes preguntó si alguien tenía una última duda. Israel se lanzó a la piscina y levantó la mano para pedir su turno.

—Hola. Me llamo Israel y soy miembro de la Pandilla UFO, aunque hoy, por causas que no vienen al caso, solo estoy yo presente.

—¿La pandilla UFO? Qué cosa más curiosa. Explíqueme qué es eso —inquirió Raymond sorprendido.

—Somos un grupo de jóvenes apasionados por el tema de la ufología, el estudio del fenómeno ovni, y llevamos años estudiando videos y presuntos testimonios sobre avistamientos.

—Me encanta que haya jóvenes con esas inquietudes. ¿Y bien? ¿Tienes algo que añadir que pueda interesarnos? —subrayó Raymond.

Israel hizo una declaración que dejó con la boca abierta al público.

—Sí... ¿Y si le dijera que ayer pudimos constatar la evidencia de vida extraterrestre?

Raymond Carpenter se quedó atónito. Los murmullos de los asistentes invadieron la sala. El director del museo pidió silencio haciendo aspavientos con las manos. Nadie podía creer al chico. Al menos sin una demostración fehaciente de sus palabras. Tras un minuto convulso, el autor del libro tomó la palabra:

—Querido muchacho, para nosotros será un placer escuchar lo que quieres contarnos. Supongo que todos estamos de acuerdo en que nos parece muy interesante saber qué pretendes decirnos.

El chico tragó saliva y casi se arrepintió de haber abierto la boca. Ya no existía otro camino. Tendría que dar su explicación.

—Ayer por la tarde capturamos un pequeño platillo volante. Les puedo asegurar que jamás vi nada parecido.

Los cuchicheos aumentaron de nivel en el resto de los asistentes.

—¿Y bien...? ¿Nos lo ha traído para que podamos verlo? —preguntó el director del museo.

—Por desgracia, desapareció de forma misteriosa esta noche.

Se escucharon varias risas socarronas. Al no haber prueba, la gente se lo tomó a broma, pero el muchacho aún tenía un as en la manga.

—No he podido traerlo, pero sí tengo algo que puede hacer que me creáis. Una foto en mi móvil.

Todo el mundo se acercó a ver esa prueba. Hubo comentarios para todos los gustos. Algunos decían que era un montaje y otros se quedaron estupefactos. Cuando llegó a manos de Raymond, este le dijo al oído al chaval: «Cuando termine de firmar los libros, quédate aquí para que hablemos tranquilos».

Y así fue. Al término del revuelo sobre la foto del ovni, una larga cola esperaba para la firma de los libros. Israel esperó paciente a que el autor complaciera a sus lectores. Cuando le llegó su turno, él le hizo un guiño.

Le pidió el móvil y el muchacho se lo dio. Raymond amplió la imagen y sacó de su bolsillo una lupa. Durante varios segundos observó la foto desde varios encuadres buscando diferentes resoluciones. Hasta que afirmó feliz:

—¡Eureka! Este aparato tiene grabado algún tipo de simbología. — Señalaba con el dedo para mostrárselo a Israel—. ¿Lo ves?

—Sí, es cierto. Pero no se ve qué es exactamente.

—Me lo puedo figurar, pero no quiero precipitarme en mis pronósticos.

¿No recuerdas nada? ¿No te fijaste ayer cuando lo tuviste en tus manos?

—La verdad es que no, señor. Lo cogimos y guardamos en una bolsa de plástico, pero antes de poder examinarlo con tranquilidad desapareció.

—Vaya. Es una pena. Mira, Israel, toma mi tarjeta. Ahí puedes ver cómo contactar conmigo. ¿Podrías mandarme la foto para que comprobemos si es real o un simple montaje?

—Señor, le aseguro que es cierto. No es ningún invento. Juro por mi familia que lo vi.

—Debes saber que en la actualidad no es ningún secreto a voces que se está experimentando con los primeros prototipos de platillos volantes humanos. Máquinas con dos asientos, rodeados por un marco y varios motores. La NASA está probando vehículos especiales que se parecen mucho a estos artilugios. Lo llaman su desacelerador supersónico de baja densidad, un vehículo con forma de platillo que la agencia espera poder enviar a Marte en el futuro...

—Este era muy pequeño, casi una miniatura. No sé cuál es el origen.

—Pues debemos corroborarlo. Ya has visto cómo duda la gente. En este mundillo hay muchos farsantes. Ya sabes...

—Se la enviaré, señor. Por supuesto.

—Buen chico —dijo mientras acababa de firmar su ejemplar. Espero que si vuelves a capturar esa máquina... no tardes en ponerte en contacto conmigo. Intentaré que podamos difundir esta increíble noticia a nivel global. Tú y tu Pandilla UFO seréis conocidos en todo el mundo. Voy a estar en Roswell hasta la semana que viene, cuando termine la feria. Llámame si hay alguna novedad.

Raymond le hizo una mueca de complicidad y se despidió.

Israel abandonó el museo, pero lo que no sabía es que alguien le había estado observando en las sombras desde los últimos asientos, muy interesado en su sorprendente revelación. Lo había escuchado todo y tendría que tomar pronto cartas en el asunto.

Israel volvió a casa excitado. No estaba muy seguro de si había acertado haciendo público su extraordinario descubrimiento, pero le pudo la emoción ante un hecho tan evidente y, sobre todo, la rabia de la fuga de sus amigos de la Pandilla UFO. Quería darles una lección para que se arrepintieran el resto de sus vidas por haberle dejado tirado como a una colilla.

Por eso, nada más regresar se planteó que debía salir a buscar de nuevo el aparato. No obstante, estaba tan cansado que no pudo evitar echarse una larga siesta hasta bien entrada la tarde-noche, momento en que Adriana le despertó.

—¿Qué pasa?! —gritó él, aún medio dormido.

—Currito y yo hemos vuelto a ver el platillo. Se ha ido otra vez en dirección a los cultivos del rancho Foster. ¡Vamos, tenemos que ir tras él!

Los tres hermanos salieron despavoridos de la casa y su madre les pidió que volvieran pronto para cenar porque ya era muy tarde, sobre todo para Currito, que corría con pasos cortos, pero muy motivado, con un casco del superhéroe Thor y su martillo. Decidieron ir en bicicleta para perder el mínimo tiempo posible.

Esta vez el aparato no yacía en los alrededores del rancho, sino que estaba dentro de la propiedad de los Brazel, otra vez parcialmente enterrado en la arena.

En primer lugar, tuvieron el impulso de no recogerlo porque no les hacía ninguna gracia entrar allí de nuevo. Temían que el dueño los pillara in fraganti, aunque se llenaron de valor. Era un premio demasiado jugoso y estaba tan cerca que no podían dejarlo allí sin más. Tenían que jugársela.

Con mucho cuidado abrieron la pequeña verja de la granja. Intentaron que no hiciera ruido, pero estaba tan oxidada que no pudieron evitar un leve estruendo. Se acercaron con prudencia al objeto y lo volvieron a meter en otra bolsa de plástico jurando que esta vez no se volvería a escapar. Sin embargo, una sorpresa desagradable les estaba esperando cuando se giraron con la intención de regresar al hogar.

Era el nieto de los Brazel, apuntándoles con un antiguo rifle. El aspecto del anciano era tal y como relataban los mitos de los vecinos. ¿Cómo no habían reparado en su presencia? Adriana y Currito dieron un brinco. Se resguardaron detrás de su hermano mayor.

—¿Qué diantres estáis haciendo aquí? —dijo el abuelo con una voz bronca y hueca.

—Nada, señor... solo pasábamos por aquí —respondió Israel mientras escondía la bolsa de plástico detrás de su trasero.

El viejo los miró de soslayo. No tardaron en intuir que estaba medio ciego. A pesar de ello no dejó de infundirles pánico porque les estaba encañonando con un arma. Suponían que era solo una amenaza pero si estaba loco... cualquier cosa podría pasar.

—Deje de apuntarnos con la escopeta. No estamos haciendo nada. Está asustando a mis hermanos pequeños —le instó Israel.

—Tú... ¿me vas a ordenar lo que tengo que hacer en mi propiedad? Seguro que habéis venido a curiosear a ver si tengo algún ovni en mi garaje, ¿verdad? Como todos. Estoy cansado de turistas indeseables y harto de toda la gente de esta ciudad. No sabes cuánto daño ha hecho a mi familia la basura militar, por no mencionar a los curiosos descerebrados y muchos otros habitantes de Roswell.

—Ha sido un error. No se ponga nervioso —Israel intentó tranquilizarlo. El señor se quedó mirándolos y, a pesar de su ceguera, se percató de que estaban escondiendo algo. No dudó en preguntar qué era aquello.

—Mire, nosotros ya nos íbamos. No vamos a molestarle más. Perdona la intromisión. Se nos había colado nuestro balón de fútbol... —dijo Israel.

—¿Seguro? —preguntó el viejo apuntando con más vehemencia con el arma.

—Sí, señor.

Se movieron inconscientemente para largarse de allí, aunque el granjero tuvo unas últimas palabras dedicadas a ellos.

—Que no vuelva a veros nunca más por aquí. La próxima vez no seré tan benevolente con vosotros. ¡Y ahora largo!

Los tres echaron a correr, cogieron las bicis y no pararon hasta estar bien lejos.

Al regresar a casa, tras el inesperado susto, decidieron que no iban a dejar su gran descubrimiento en la casa del árbol, por si las moscas, así que entraron con él a la vivienda principal. Pero se toparon con su madre, Mayi, que no dudó en preguntar:

—¿Qué lleváis envuelto en ese plástico?

—Nada, mamá. No es asunto tuyo —contestó de mala gana Israel.

—¿Cómo que no es asunto mío? ¡A ver, enséñamelo ahora mismo! —exigió ella.

Adriana se adelantó a los demás.

—Es mío. Es un robot teledirigido que me ha dejado mi amiga Arancha.

—¿Un robot? Por Dios, tenéis que estudiar más y dejar de perder el tiempo. Espero que no se entere vuestro padre. No quiere que juguéis con esas máquinas. Pueden ser peligrosas, sobre todo para Currito, que es muy pequeño.

—Vale, mamá. Lo devolveré en cuanto pueda.

Sin más que decir los tres subieron al cuarto de Israel para poder inspeccionarlo con mayor tranquilidad. Dejaron su desconcertante hallazgo encima de la cama.

Lo midieron con cautela, arrojando unas medidas de veinte centímetros de ancho y cerca de diez de alto. Parecía que el inerte ovni pesaba alrededor de un kilo. También descubrieron una serie de curvas concéntricas y treinta pequeños agujeros, un hueco en la base y, tal como le recordó Raymond, un diseño grabado en un lateral: dos medias lunas unidas en las esquinas.

—Esta imagen me es muy familiar pero no recuerdo dónde la vi. Me suena mogollón, pero ahora mismo estoy en blanco.

¿Qué podría ser aquel aparato? Se preguntaban. Era algo así como un cenicero de hierro fundido, pero demasiado ligero para ese metal. La tapa de la base parecía imposible de abrir y en el interior había piezas similares a las de una radio. Miraron a través de los agujeros y se dieron cuenta de lo que parecía ser una gran cantidad de mecanismos en miniatura y dibujos extraños.

Israel trató de abrir el dispositivo mediante la inserción de un cable en uno de los agujeros para manipularlo. Adriana frenó en seco el intento.

—¡Para! ¡No le hagas daño!

—Pero ¿qué dices? —replicó él malhumorado.

—¡Quiero que sea nuestra mascota! —sentenció ella.

—¡Tú estás loca! Esto no es un animal.

—Sí, le íbamos a llamar Kery, como nuestro gatito que murió —intervino Currito.

Era una encerrona. La muerte del gato fue un trauma para la familia. Pero aquello era demasiado.

—Por mí podéis llamarlo cómo os dé la gana, pero déjame examinarlo tranquilo —ordenó el hermano mayor.

Israel colgó el dispositivo boca abajo con un alambre. La gravedad tiró de la parte superior de la cúpula, produciendo una ligera separación entre las secciones superior e inferior del objeto. Los chicos pudieron ver dispositivos electrónicos desconocidos en el interior, así como un material viscoso de lo más extraño.

—Le vamos a dar con un martillo. Cierra bien la puerta para que mamá no escuche el ruido —anunció Israel.

Adriana y Currito pusieron cara de póker.

—No serás capaz, ¿verdad? —preguntó Adriana.

Currito comenzó a sollozar, en claro chantaje emocional.

—Para, para... que nos va a escuchar todo el vecindario. No me valen lágrimas de cocodrilo... Vale, vosotros ganáis. No golpearé a este cacharr... Digo... a Kery.

Israel no podía creer que hubiera entrado en el juego infantil de sus hermanos. Él se había imaginado otra situación en el caso de que estuvieran con él los antiguos miembros de la Pandilla UFO. Probablemente lo golpearían con el martillo para descubrir si las partes más finas se mantenían sin manchas. Si era un objeto extraterrestre seguro que no importaba cuán fuerte le dieran, porque la extrema dureza era un rasgo bastante común de los materiales recuperados en los supuestos sitios de los accidentes de ovnis. También había pensado algún que otro experimento, como por ejemplo ponerlo en el horno para ver qué tipo de temperatura podría soportar, o almacenarlo en la nevera.

Pero en realidad quizá ninguna de esas ideas sería demasiado buena. Lo más correcto era, sin duda, avisar a Raymond Carpenter en privado para ver si en realidad ese objeto era algo digno de estudio o algún aparato conocido por los expertos, de cuya existencia él no tuviera conocimiento por ser demasiado técnico.

Así que decidió no seguir enfadando a sus hermanos y pensó que era el momento de revelar su preciado tesoro a Raymond. Seguro que él lo ayudaría

y lo mantendría en secreto. Él sabía cómo se las gastaba el ejército de los EE. UU.

Antes de guardarlo lo envolvieron en trapos adicionales bajo el temor de que evitaría que el artilugio filtrara alguna radiación atómica. No le había hecho ninguna gracia el contenido viscoso. Lo escondieron en la habitación de Israel.

El resto del día pasó sin más novedades. Cenaron de forma copiosa muy tarde y a continuación se fueron a la cama. Israel, relajado, terminó la noche leyendo el primer tomo del recopilatorio del nuevo canon de Star Wars sin saber que, a la mañana siguiente, le esperaría un nuevo e inesperado disgusto.

¿Cómo era posible?! ¿Dónde estaba el maldito aparato? Israel no salía del asombro. Para colmo de males no había puesto el despertador y llegaba tarde al instituto. Tuvo que salir de forma apresurada, desayunando a la velocidad de un pavo real: tan solo un par de galletas y un vaso de leche fría.

Ya en el autobús, de camino a la escuela, su cabeza no paraba de darle vueltas al asunto del artefacto. Estaba claro que tendría que volver a buscarlo en cuanto regresara de la jornada. El destino quiso que cayera en sus manos, mientras estaba en el transporte público, un ejemplar del periódico *Roswell Daily Record* que se titulaba así: «La hipótesis más terrible de por qué nunca hemos visto extraterrestres». Evidentemente no pudo dejarlo allí sin más.

Empezó leyendo una de las grandes evidencias de los amantes de la ufología:

El Universo es tan increíblemente grande que costaba trabajo pensar que en él no haya un gran número de planetas habitados. Sin embargo, y a pesar de todos nuestros esfuerzos, no habíamos conseguido encontrar hasta ahora ninguna forma de vida fuera de la Tierra. ¿Dónde está, entonces, todo el mundo?

Esa pregunta Israel la conocía bien y no era nueva. Constituía el núcleo central de la conocida paradoja de Fermi. Esta se refería a la desconcertante anomalía científica de que, a pesar de que existen cientos de miles de millones de estrellas, solo en nuestra galaxia, la Vía Láctea, y muchísimas más en los billones de galaxias que forman el Universo, nunca habíamos encontrado señal alguna de otras civilizaciones inteligentes.

Las soluciones a este misterio eran realmente pintorescas. Entre ellas, que los supuestos alienígenas podrían estar hibernando o que alguna fuerza misteriosa está impidiendo que las civilizaciones prosperen... o es que llevan desde siempre ahí, pero somos irrelevantes para ellos.

Israel se indignaba leyendo aquello. ¿Y si las evidencias de vida extraterrestre las pudieras encontrar en la Tierra misma? Después de ojear el artículo se cabreó mucho más acordándose del platillo volador y su segunda desaparición.

Al parecer, un físico ruso pensaba que, si una civilización del espacio no logra construir y desarrollar naves interestelares, transmitiendo mensajes espaciales o por cualquier otro medio, nunca podremos verla, aunque exista.

Pero lo más interesante era la solución a la paradoja de Fermi que

consistía en la siguiente afirmación: «Primero en entrar, último en salir». ¿Qué significaba? Pues el físico ruso proponía un escenario mucho más sombrío: ¿Qué pasaría si la primera forma de vida que alcance la capacidad de viaje interestelar se dedicara a erradicar a toda su competencia para alimentar su propia expansión? Es decir, que nuestro sino es incluso peor que la extinción porque la humanidad estaba predestinada a ser la destructora de otras civilizaciones del Universo.

Esto hizo reflexionar a Israel. Tenía todo el sentido del mundo si nos dedicábamos a observar las actuaciones del ser humano en la Tierra. ¿Acaso no sometíamos a los animales, los matábamos y nos alimentábamos de ellos? ¿No era la historia de la humanidad una colección ingente de guerras, batallas y exterminios del hombre para el propio hombre? ¿Hay alguna certeza de que si nos encontrábamos a seres de otra civilización íbamos a reaccionar de forma amistosa? Sí, quizás, esa idea de que nos convertiríamos en destructores del espacio exterior no era descabellada.

Podría ser que una civilización superdesarrollada no se dedicara a borrar conscientemente otras formas de vida, sino que ni siquiera nos diéramos cuenta de ello del mismo modo que un equipo de construcción destruye un hormiguero para construir un edificio.

¿Significa esto que nosotros somos las hormigas y que la razón por la que no hemos encontrado extraterrestres es porque nuestra civilización no ha sido destruida por alguna forma de vida inteligente superior a la nuestra? El físico pensaba que no. La respuesta correcta es que quizá nosotros no seamos las hormigas, sino los futuros destructores de todos esos mundos que llevamos tanto tiempo buscando.

¿Qué consecuencias tiene esa idea para nuestro futuro? La única respuesta posible es pensar que seremos los primeros en llegar a la etapa interestelar, y, muy probablemente, los últimos en irnos.

Había un ejemplo muy gráfico que sorprendió a Israel y que daba sin duda para el argumento de una buena novela de ciencia ficción: una inteligencia artificial (un robot o androide) podría poblar todo nuestro espacio galáctico con copias de sí misma, convirtiendo a cada sistema solar en una supercomputadora, y no serviría de nada preguntarle por qué estaba haciendo eso. Simplemente puede hacerlo...

«En definitiva —concluía el artículo—, los seres humanos podríamos ser los ganadores de una carrera mortal en la que ni siquiera sabíamos que estábamos compitiendo».

Con esa pesimista y aterradora idea volando en su cabeza, Israel llegó al instituto de secundaria sin saber que esa noche el plato volador no había escapado ni había salido de su casa.

Pues sí. El platillo volante esta vez no había huido. En mitad de la madrugada consiguió salir de la habitación y se coló en el dormitorio de los dos pequeños de la familia. Adriana reparó en su presencia y al principio se asustó, pero luego dejó que descansara en las faldas de su cama. Emitía un sonido extraño, como si se quisiera comunicar con ella de alguna forma que desconocía, y se orientaba hacia el norte, en dirección a la ventana, al parecer algo ejercía sobre Kery algún tipo de atracción.

Cuando se levantaron, Adriana a escondidas, metió el platillo en su mochila y se lo llevó al colegio. Parecía que Kery, con ella, estaba tranquilo. No quería que su hermano lo llevara para que lo trasteara nadie, porque creía que podría perderlo de nuevo. Por lo tanto, estaría seguro en su poder.

Así, con Kery escondido, apareció en el colegio pasadas las ocho de la mañana. Lo dejó dentro del macuto y no le dijo nada a nadie, ni siquiera a su mejor amiga, Arancha, que no tardó en preguntarle por qué tenía la mochila tan cargada. Ella no dio a conocer la verdad.

La mañana transcurrió con normalidad hasta que llegó el maestro de Ciencias del Medio Ambiente después del recreo. El aparato volador empezó a impacientarse dando la sensación de que quería salir del escondite.

—Tranquilo, Kery. Ya falta menos para que terminen las clases. Pronto volveremos a casa —le susurró.

Pero ocurrió lo inevitable. El platillo se elevó y con él aquello que lo contenía. Nadie había visto a Kery, pero se quedaron sorprendidos cuando vieron la mochila de Adriana subir como si tuviera vida propia.

Se montó un revuelo tremendo en la clase. El profesor gritaba como un poseso con los niños revolucionados por la mochila voladora. Kery abandonó el aula y salió al pasillo principal de la primera planta. Adriana corrió detrás de él.

—¡Kery! ¡No te vayas! ¡Ven aquí!

La mochila sobrevoló todo el recinto hasta llegar al salón de actos. Los conserjes corrían desesperados para atraparla, pero no le daban caza de ninguna manera.

Lo peor fue cuando entró en el despacho de la directora, a la que por poco le da un infarto del susto. Allí, revoloteando, tiró la mayoría de los archivos y libros de las estanterías. Pronto llegaron los perseguidores y consiguieron capturarla.

Al ver que en el interior había una especie de dron, llamaron a los padres de Adriana y le pusieron un parte disciplinario grave por perturbar el orden del colegio y provocar tamaño estropicio en el archivo de la dirección.

A quinta hora interrumpieron la clase de Educación Física de Israel para que bajara a la Jefatura de Estudios. Sus padres no podían ir a recoger a Adriana porque estaban a tope de trabajo en una reunión y le pidieron a su hijo mayor que arreglara el entuerto que había organizado la niña. Era muy extraño. Jamás acumuló en su vida escolar ni una advertencia leve. Su expediente era immaculado.

Allí le explicaron lo sucedido. En menos de media hora estaba saliendo por la puerta del colegio con una expulsión de una semana en la mano por un lado, Adriana llorando por el otro y la mochila con Kery, que había dejado de moverse desde que lo atraparon.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —bramó Israel a su hermana.

—Lo siento. Me lo traje para que no volviera a escapar.

—¿Te das cuenta del follón que has liado? Cuando vuelva papá se te va a caer el pelo. A ver qué le vamos a decir para explicarle todo este embrollo. Madre mía, siempre estás liándola.

—Les he dicho que es un dron que me dejó una amiga y que se manejaba con el móvil.

—Contando trolas eres la número uno. De verdad que es increíble que se hayan creído esa estupidez. ¿Te das cuenta de que has podido estropear nuestro gran descubrimiento?

—Kery no quiere estar contigo por eso huyó de tu dormitorio. Le quieres hacer daño y entregarlo a gente desconocida.

—No voy a hacerle nada y deja de llamarlo como si fuera nuestro gato— le reprendió él.

Israel daba pasos largos, enfadado, con la maleta en la mano, y Adriana a duras penas podía seguir su estela.

—¿A dónde vamos? ¿A casa? —preguntó la niña.

—No, tú ahora te vas a quedar en casa de nuestros tíos y cuando recojan a Currito almorzáis. Luego irá mamá a por vosotros.

—¡Jopé!

—No tienes otra alternativa. Así que no protestes.

—Con una condición. Dame mi mochila —apostilló Adriana.

—Tendrás tu mochila, pero Kery... Digo... el platillo... se viene conmigo. ¡Dios! Ya lo estoy llamando con un nombre por vuestra culpa. ¡Qué

ridiculez! ¡Es solo un cacharro y no sabemos si viene de otro planeta ni cuáles son sus intenciones! Y puede ser peligroso, ¿sabes? Ahora entiendo que he cometido una temeridad al no llevarlo ante algún experto antes. ¡Podría habernos herido! Desconocemos si pertenece a alguna especie que tenga malas intenciones. Podría contaminarnos, incluso. He sido un ingenuo. Todo esto es culpa mía...

—Lo siento mucho —respondió Adriana arrepentida—. Ten cuidado... pero no le hagáis daño. Estoy segura de que Kery no es malo. Ya lo verás.

Israel dejó a su hermana con sus tíos y se puso en marcha para ir al museo a hablar con el señor Carpenter, que seguro podría ayudarles a descubrir qué era ese platillo volante que tantos quebraderos de cabeza les estaba dando.

El museo albergaba ese día la presentación de la serie de conferencias y reuniones que iban a atraer allí a las mejores personalidades de la ufología del mundo. El tema estrella de ese año eran las abducciones. Israel tuvo que esperar con paciencia a que terminaran las diferentes ponencias. Raymond se acercó al chico en cuanto reparó en su presencia.

—Lo tengo —afirmó seguro.

Raymond intentó disimular la alegría de la noticia.

—Acompáñame. Vamos a una sala privada para estar tranquilos.

Cuando el escritor estuvo seguro de que estaban solos, le invitó a que le mostrara el misterioso descubrimiento. La sorpresa no fue menos por esperada.

—*Voilà!* —exclamó Raymond emocionado. Lo observó con atención dándole mil vueltas.

—Parece un mecanismo de vigilancia por control remoto, pero es de origen desconocido. No he visto nada igual en mi vida. Me llama mucho la atención el hueco que tiene en la base y, sobre todo, la imagen que tiene grabada. ¿No sabes lo que es?

—Me sonaba mucho pero ayer no caí. Estoy seguro de que la he visto antes —afirmó Israel.

—Claro que la has visto. Si eres amante de la ufología no puede faltar en tus conocimientos. Es la misma imagen que tiene la famosa «Roca de Roswell».

—¡Claro! ¡Cómo no he caído! ¡Qué tonto!

Esta piedra la encontraron cerca del lugar del accidente de Roswell y decían que tenía propiedades extrañas. Fue en 2004 cuando el propietario de cincuenta y seis años de un taller de carrocería de esta ciudad había salido a cazar y encontró esta pequeña roca cubierta de tierra. Cuando la limpió descubrió que la roca era de color chocolate, con una media luna y un círculo más pequeño debajo. La imagen se reflejaba y ambos estaban rodeados y se superponían a un círculo más grande con cortes en forma de diamante, exactamente igual que en este platillo.

—Según leí, el diseño de la roca de Roswell es fascinante. Dicen que parece que ha sido elaborada con una precisión increíble, como si hubieran utilizado una maquinaria perfecta.

—Lo más curioso del caso es que el diseño representado encima de la

piedra coincide con agrogramas que aparecieron en Liddington, en Inglaterra, en el verano 1996.

—¿Agrogramas? ¿Los famosos dibujos en forma de anillos, signos o formas geométricas que aparecen en los campos de cultivo? —preguntó Israel, entusiasmado—. He leído que se supone que estos dibujos tienen la intención de ser mensajes cifrados o simbólicos, y normalmente son relacionados por los ufólogos con el fenómeno ovni.

—Exacto, como los que aparecen en la película *Señales*. Estos dibujos estuvieron muy de moda hace años.

—¿Pero nunca se pudo demostrar si sus orígenes eran extraterrestres o terrestres? —interrogó Israel, aunque esa respuesta él se la sabía de memoria.

—No, pero era algo insólito que apareciera tan cerca de donde se estrelló la supuesta nave espacial de Roswell. Debes saber que esta misteriosa piedra es extrañamente lisa y posee propiedades magnéticas.

—Explíqueme eso con más detalle —propuso Israel.

—La roca por lo visto muestra un patrón curioso junto con anomalías magnéticas: cuando la influencia magnética se coloca sobre la parte más gruesa, el objeto suele girar en sentido contrario a las agujas del reloj. Sin embargo, cuando se coloca encima de la media luna inferior y el círculo, la parte más delgada de la roca, el objeto se invierte y gira en el sentido de las agujas del reloj... Pero si no la tenemos aquí presente no podremos hacer pruebas junto al platillo.

—Seguro que la piedra tiene alguna conexión con Kery.

—¿Con Kery? ¿Eso qué es?

—Nada, nada. Perdone. Es el nombre que le han puesto mis hermanos al platillo volante.

—Muy simpático —rió Raymond, aunque rápidamente mutó a un rictus más serio.

—¿Pasa algo? —quiso saber Israel al ver el gesto serio de su acompañante.

—¿Ha visto este artefacto alguien aparte de vosotros?

Raymond parecía muy preocupado con ese tema.

—No, señor... Bueno, mi hermana se lo llevó al colegio y allí se puso en funcionamiento. Se lio la de Dios padre, pero parece que se han tragado el bulo de que era un dron comprado por internet. Si no, se lo hubieran quitado casi seguro.

—De acuerdo, chico. Bien hecho. Esto no puede salir a la luz. Y sobre

todo que no se entere ningún militar de los que pululan por esta ciudad. Eso sí sería la ruina para nuestro descubrimiento.

Cuando Israel escuchó de la boca de Carpenter «nuestro descubrimiento» se le hizo un nudo en la barriga. No le hacía ninguna gracia que se apropiara del mérito de encontrar ese maravilloso hito. En realidad, solo les pertenecía a él y a sus hermanos, que habían puesto tanto empeño en capturarlo.

—Israel... si no te importa. ¿Me puedes dejar el platillo volante estos días? Tengo que hacerle algunas pruebas y me gustaría averiguar dónde está la piedra de Roswell. Puede que ambas cosas estén conectadas. Sería una bomba.

—¿No estaba en este museo? —preguntó Israel—. Había una sala de rocas donde la tenían como la joya de la corona.

—Tendré que preguntar al director. Ahora está reunido. Es todo muy extraño, pero esa sala llevaba cerrada varias semanas. Intentaré convencerlo para que me deje pasar a mí. Sería importante saber si hay alguna conexión entre la roca y el aparato. Todo apunta a que sí... Puede que ese vínculo sea la clave de todo esto. Tenemos que saber también qué relación hay entre estos dos elementos y el incidente de Roswell.

Israel dudó. Temía perder a Kery, pero odiaba pensar de esa manera tan infantil. Tampoco tenía mejores alternativas. Si volvía a casa con el artefacto corría el serio peligro de que sus padres se lo confiscaran. De hecho, estaba seguro de que así sería, pues su hermana había metido la pata hasta el fondo. Así que, si el aparato no aparecía por casa, mejor que mejor.

—Bueno, pero ¿me lo devolverá si se lo pido? —Israel accedió finalmente pero no estaba para nada convencido de la decisión.

—Claro, muchacho. Confía en mí.

Abandonó el museo sin las ideas claras. Echó la vista hacia atrás, nostálgico, pensando si Kery estaría en las mejores manos. Eso esperaba.

En casa, el ambiente estaba enrarecido. Adriana aguantaba con bochorno las reprimendas de sus padres. Currito hacia algunos deberes y sus padres también abroncaron a Israel por no devolver ese aparato que supuestamente le habían dejado prestado.

Adriana lloraba en la habitación sin parar, así que su hermano subió a la primera planta para intentar hablar con ella.

—Oye, pequeña. No llores, no pasa nada. No debiste hacerlo, pero tenías buena intención —la consoló. Intentó abrazarla, pero ella lo rechazó.

—¿¿Dónde está Kery?! —le recriminó.

—Mira... ese platillo no ha estado ni veinticuatro horas en nuestra casa y ya nos ha provocado muchos problemas. Se lo ha quedado alguien que nos ayudará a averiguar qué es exactamente.

—¿No! ¿Eres tonto! ¿Por qué se lo has dado? Seguro que ya nunca más volveremos a verlo.

—Tranquila, no te preocupes. Parece un buen hombre. Está en contra de las mentiras del Gobierno sobre los ovnis y el caso Roswell...

—¡Vete! ¡Déjame en paz! —le ordenó su hermana.

Israel desistió. Sabía de primera mano que cuando Adriana se enfadaba no había solución a corto plazo. Debía dejar que se le pasara. Abandonó su dormitorio para retirarse a la casa del árbol. Tenía la intención de estirar un poco las piernas y, sobre todo, investigar algo más sobre la roca Roswell. Le rondaba una incógnita... ¿Qué relación tenía la roca con el platillo volador?

Así se puso manos a la obra. Pudo encontrar mucha información, pero la teoría abría las puertas a varias interpretaciones bastante más fantásticas a su juicio.

Si la roca era realmente extraterrestre, al encontrarse cerca del lugar donde el platillo volador se estrelló, podría significar varias cosas. Quién sabe si voló a bordo del ovni y logró mantenerse fuera de nuestra vista durante décadas hasta que el cazador la pisó por pura casualidad. También existía otra teoría bastante imaginativa, porque quizás fue dejada allí en una fecha posterior, como si fuera una especie de recuerdo para sus hermanos caídos.

Sin embargo, una de las suposiciones más populares era la que sugería que se trataba de un mensaje extraterrestre representado en la imagen de esa media luna con un círculo más grande con cortes de diamante: el círculo más grande sería un asteroide que volará entre la Luna y la Tierra. Los alienígenas

tenían la intención de dejar atrás una advertencia críptica destinada a salvar la Tierra... si alguien era capaz de descifrarla podría difundir ese mensaje vital.

Pero la versión más inverosímil era la que afirmaba que las imágenes reflejadas podrían indicar la existencia de un universo paralelo al que acceder a través de un portal. En este caso, la roca sería la llave para acceder a otro mundo, una pista fundamental de un agujero de gusano sin abrir en nuestra Tierra... ¿O sería un mapa extraterrestre perdido?

Israel no sabía qué creer, aunque sin duda, lo que más le desconcertaba eran ciertos detalles increíbles. En el festival de Roswell de 2007, varios ufólogos trataron de averiguar si se trataba de un recuerdo de uno de los stands donde se podían comprar bisuterías. Descubrieron que el color de la roca era el mismo que el de la superficie tallada, por lo que supusieron que no era un trabajo reciente. Lo mejor llegó cuando, después de estudiar la roca bajo el microscópico, los investigadores no fueron capaces de ver marcas de las herramientas que pudieron haberla tallado. ¿Qué tipo de instrumentos pudieron utilizar para hacer los grabados que no dejaron rastros ni marcas?

Cuando profundizaron en la investigación de la roca, descubrieron que tenía propiedades magnéticas: atrae la aguja de una brújula y gira en presencia de un imán...

Su lectura terminó abruptamente cuando el vibrador del móvil le hizo dar un respingo. ¡Era Carpenter! Lo cogió enseguida porque seguro que tenía alguna novedad importante.

—¿Hola? —contestó Israel.

—Buenas tardes, chico. Soy Raymond. Tengo que darte una mala noticia. La roca Roswell estaba en el museo, pero... ayer la robaron.

¡¿Cómo era posible?! ¡Justo en ese preciso momento habían robado la piedra! Era demasiada casualidad. Alguien aparte de Raymond y sus hermanos tenía conocimiento de sus descubrimientos y seguro que no albergaría buenas intenciones. ¿Podrían correr peligro? ¿No sería lo más conveniente abandonar toda aquella fantástica aventura por mucho que le doliera?

Desde luego que Israel no quería rendirse. Echaba de menos la presencia de sus viejos amigos. ¿Cómo podían haberse marchado cuando precisamente se les presentaba una aventura de las que llevaban años anhelando? Por ahora solo podía contar con el apoyo de dos niños: uno de seis años y su hermana que lo único que hacía era meter la pata.

Pero no había tiempo que perder. Le pidió a su padre que le dejara el coche. Debió de cogerlo de buenas porque aceptó sin el habitual gesto de hacerlo a regañadientes.

Cuando llegó al museo aparcó y salió corriendo para hablar con Raymond. Se encontraba en la sala de exposiciones, nervioso, dando vueltas sin parar.

—¡Israel! Esto es increíble. La robaron ayer. Es de lo más extraño. No tiene que ser casualidad —se quejó amargamente.

—¿Cómo ha sido posible?

—No tienen ni idea de lo que ha podido ocurrir. Hay un corte de cinco minutos en la grabación de la cámara de seguridad en ese momento y tras el corte la piedra ya no estaba en su sitio. No sabemos quién ha podido ser. ¡Aquí estoy seguro de que nos ocultan algo!

—¿Y el platillo? Me gustaría que me lo devolviera. Hay que guardarlo. Alguien tiene que saber de su existencia. Corre peligro.

—Tienes razón... pero antes de devolvértelo deja que esta noche lo examine con tranquilidad. Los símbolos pueden ser como los que se encontraron en el accidente de la nave extraterrestre. Mañana te lo devuelvo al mediodía. ¿Tienes clase mañana?

—No, es festivo. Comienzan ya los actos del Festival de Roswell.

—Perfecto. Pues mañana te podré dar más datos sobre el artefacto. Estoy seguro de que nos va a deparar una gran sorpresa —finalizó.

Al regresar a casa, se encontró a Adriana discutiendo con sus padres. Cuando la castigaron durante una semana ella no cayó en que estaba a punto de celebrarse el Festival de Roswell, el acontecimiento más grande de la ciudad.

—¡No es justo! Vosotros vais a quedar con vuestros amigos y lo vais a pasar pipa. Y yo me tengo que quedar aquí aburrída... —chilló enojada.

—Prohibido moverse de casa. Hemos pasado mucha vergüenza con el escándalo que has montado en el colegio. Es lo que hay —afirmó su padre con firmeza.

Israel acudió en su ayuda.

—Papá, un momento. Yo este año no tengo ganas de festival. Quiero estar por allí poco tiempo. Me quedo con ella y Currito. Estaremos de vuelta antes de las diez.

—Currito va a pasar el día con los tíos y luego te íbamos a pedir que lo recogieras tú.

—No os preocupéis. Yo me hago cargo de todo.

Israel sabía que si les facilitaba la vida a sus padres de esa manera los tendría ganados. Esa fiesta suponía una gran reunión con sus amigos de toda la vida y no le hacían ascos a una buena juerga. Los últimos años no habían podido disfrutarla del todo porque tenían que hacerse cargo de los niños... De lo contrario estarían condenados contratar un canguro, cosa que iba a ser difícil porque casi nadie quería trabajar durante el festival.

—Bueno, si vas con tu hermano te levantaremos el castigo por un día. ¡Pero tendrás que cumplirlo después! Tienes que aprender a comportarte en clase —sentenció Mayi con la complicidad de su marido.

—¡Gracias! —gritó Adriana llena de júbilo abrazándose a su hermano.

—Ayer no me querías tanto, ¿eh? —añadió él.

La tarde pasó sin mayores novedades y, tras cenar unas jugosas tortillas de maíz y una ensalada de tomate, los tres hermanos se retiraron del salón para descansar, no sin antes dejar preparados los disfraces para el gran concurso.

Adriana miraba orgullosa un disfraz hecho a mano de Rey, la protagonista de las últimas películas de Star Wars. Currito, el célebre disfraz de E. T. el extraterrestre que esperaba que fuera la bomba. No obstante, Israel no sabía qué ponerse. Ese año no tenía claro lo que quería y los últimos acontecimientos no ayudaron a la causa. Al final decidió no complicarse la vida e imitaría al protagonista de la película *Ready Player One* gracias a unas

gafas que tenía su hermano pequeño.

Todo estaba preparado para el gran festival y recuperarían el platillo volante en breve. Lo que no sabían es que les esperaba el día más alucinante y agitado de sus vidas.

El gran festival comenzó muy temprano en Roswell. Ese año, el Ayuntamiento hizo una invitación masiva para que todos los seguidores del fenómeno ovni, e incluso los escépticos, formaran parte de una de las celebraciones más debatidas en la historia del país.

El festival se celebraría durante la friolera de cuatro días llenos de eventos centrados en el estudio de la posible existencia de seres en otros planetas. Ese año contaban con la presencia de destacados autores de la ufología, y en ese primer día tendría lugar uno de los momentos más esperados: el discurso inaugural del escritor Raymond Carpenter. Tampoco faltarían los desfiles, el divertido concurso de disfraces y diversas actividades para toda la familia.

La ciudad de Roswell era conocida como la «capital del mundo ovni» y en su setenta y una edición estaba en su mejor momento de salud. Cada día eran más los visitantes que decidían pasar unos días con motivo de la celebración anual. Era todo un acontecimiento que daba pie a que los investigadores, creyentes e incluso detractores del fenómeno, avivaran la polémica.

Muchos lo asumían con gran seriedad, pero la mayoría se lanzaban a participar de las fiestas, el concurso de disfraces y los desfiles.

Los dos hermanos paseaban por los diferentes stands al mediodía, alucinando con la cantidad de objetos de manufactura que se podían comprar: collares con forma de ovni, pendientes, carteras, fundas de móviles y un sinfín de productos. Muchos vendedores ofrecían las diferentes luminarias de los menús de la comida típica de Nuevo México: albóndigas, atole, bizcochitos, burritos, capirotadas, carne adobada, chalupas, chicharrones, chile con queso, chiles rellenos, chimichanga, chorizo, cilantro, empanadas, enchiladas, flautas y fajitas. Adriana se comió una empanada para matar el hambre ya que su hermano le dijo que tenían que ir a recoger a Kery. Se suponía que el señor Carpenter le había prometido que se lo devolvería tras hacerle una profunda exploración.

Acudieron a la puerta del ayuntamiento donde se estaba celebrando la gran reunión de los invitados de ufología con las primeras jornadas. Esperaba que Raymond los dejara entrar y les devolviera su preciado descubrimiento.

Pero al llegar, un guarda de seguridad, un individuo alto y musculoso que daba miedo nada más verlo, les frenó en seco.

—No podéis pasar, niños... —dijo muy serio.

—Buenos días. El señor Raymond Carpenter me citó a las doce para hablar con nosotros.

—Está prohibida la entrada, así que marchaos de aquí —contestó tajante.

Por suerte, salieron a la puerta varios conferenciantes a tomar el aire y a fumar en un descanso. Entre ellos estaba Raymond, pero les distanciaban muchos metros. Israel silbó e hizo un gesto. Él los vio.

—Esperad, voy a consultarle si os da permiso para entrar... —dijo el guarda al escrutar la situación.

Este se acercó, habló unos segundos con Raymond y volvió a la entrada a toda prisa con cara de pocos amigos.

—Fuera, dice que no os conoce de nada. Así que largaos, niños. No tengo ganas de que me hagáis perder el tiempo —dijo apartando con la mano a Israel.

—¡Pero qué dice! ¡Tiene una cosa nuestra! ¡Nos la tiene que devolver! —gritó Adriana enfadada.

—Niña, como no te vayas, llamaré a la policía.

Ella se vino abajo. Solo de pensar en darle otro disgusto a sus padres se ponía a temblar.

—Vamos... —le ordenó Israel apenado.

Cuando se alejaron lo suficiente para que nadie los escuchara, Adriana le reprochó que hubiera confiado en aquel personaje.

—¡Por tu culpa ese tío nos ha robado a Kery!

Israel no contestó e intentó una llamada perdida al teléfono de Raymond. Estaba apagado o fuera de cobertura.

Se quedó con cara de tonto. ¿Quién era realmente el señor Carpenter? ¿Los había traicionado? ¿Qué pensaba hacer con el platillo? ¿Se podía fiar de todo lo que le había dicho? ¿No habría robado él mismo la piedra de Roswell y tendría todas las respuestas a las preguntas que les atenazaban? El sueño de los hermanos se derrumbó como un castillo de naipes.

A pesar de la decepción, fueron a comer con la moral por los suelos. Israel no se podía creer que hubiera sido tan imbécil de desprenderse del artilugio y perderlo de una forma tan estúpida. No era la fiesta soñada. Pensaba que, a lo mejor, su amigo Ralph tenía razón. Deberían haberse centrado en pasarlo bien, beber cerveza con los amigos y ligar con las chicas. Lo normal que se hace en esas ocasiones.

Por supuesto, nada de eso había ocurrido. Allí estaba con su hermana de once años. Nada divertido. Tampoco sus amigos le habían dado otra opción. Desde que tuvieron la trifulca no habían vuelto a hablarle en el instituto ni tampoco lo llamaron para hacer las paces. Una auténtica pena no haberles dado una lección con el platillo. Ahora, el señor Carpenter se llevaría toda la gloria del descubrimiento. Sentía rabia por cada poro de su piel.

Intentó olvidarlo todo y asistieron al desfile de disfraces previo al concurso final para elegir al ganador. Allí se encontraron con Currito, que intentaba imitar los torpes pasos de E. T. y no paraba de decir: «Mi casa, teléfono» y toda la retahíla del entrañable extraterrestre de ese relato conmovedor en el que la amistad era el gran ingrediente. Estaba orgulloso de que niños tan pequeños como Currito conocieran a este personaje mítico de los años 80 y ese fantástico legado que su propio padre le transmitió con gran pasión.

Cuando finalizó el desfile llegó un momento tenso. El señor Carpenter iba a intervenir en el acto de inauguración de las fiestas. Los asistentes se concentraron en el escenario central que se encontraba en la plaza del pueblo. El alcalde les dio la bienvenida y dio paso al momento de la estrella invitada. Raymond Carpenter se presentó, por supuesto habló de su libro y, finalmente, anunció una sorpresa que no estaba en el guion y que cambiaría la percepción de la realidad de los presentes.

—Queridos amigos, os he explicado que los extraterrestres existen y lo demuestro en mi libro... pero lo que no sabéis es que en mi viaje a Roswell he encontrado algo maravilloso. Un artefacto que puedo asegurar que no es de este planeta y, seguramente, demuestra que el accidente ovni de 1947 es real.

Los dos hermanos lo escuchaban con atención. Adriana gritó enfadada.

—¡Ha dicho que lo ha encontrado él! ¡Será mentiroso! ¡Es nuestro! ¡Kery!

Israel estaba atónito, pero esperaba expectante el momento en que se atrevería a dar a conocer el platillo. Raymond resultó ser un indecente

sinvergüenza que se aprovechaba de cualquier situación. Vista su forma de actuar, lo más seguro era que aquella historia sobre bóvedas y cárceles de extraterrestres no fuera más que una invención para engañar a la gente y engrosar su cuenta corriente vendiendo libros a través de un invento ficticio.

—Lo siento, Adriana. Me ha engañado. Este tipo solo quería aprovecharse de mí. Si hoy muestra este bombazo seguro que saldrá en todos los periódicos y empezará a vender libros como churros. ¿Cómo he podido ser tan imbécil?

Su hermana asintió vencida. El señor Carpenter sacó de la bolsa el platillo volante e hizo pública la gran revelación. Sonaba mientras tanto el tema musical *Así habló Zarathustra* del compositor Richard Strauss de la película *2001, una odisea del espacio* que empezaba con unas notas largas de trompeta alternadas con secos golpes de timbales.

Impresionante el espectáculo que estaba organizando aquel farsante. «Qué vergüenza haber sido tan pardillo», pensó Israel.

La práctica totalidad del público exclamó asombrada. Él mostró el plato orgulloso desde todos los ángulos para que nadie se quedara sin contemplarlo.

—Señores y señoras, esta es la demostración de la existencia de una nave extraterrestre en miniatura. Estoy seguro de que no es de este planeta y que tiene mucho que ver con el famoso accidente. Esto corrobora que lo que dice mi libro es verdad, y por tanto, ustedes tienen razón. En Roswell se estrelló una nave extraterrestre y no un globo aerostático como nos quiso hacer ver el Ejército de EE. UU. ¡Esta es la verdad!

A continuación, el indecente discurso terminó cuando el platillo comenzó a moverse nervioso y lanzó un rayo cegador de luz que dejó a los más cercanos al escenario sin vista durante unos segundos. Cuando quisieron darse cuenta, Kery estaba sobrevolando la plaza de Roswell, dando giros bruscos como una peonza. Poco después desapareció sin dejar rastro.

Raymond se quedó mudo ante el público. Adriana daba saltos de alegría.

—¡Kery escapó como un campeón! —exclamó Adriana exultante.

—No cantemos victoria todavía. Ya no lo tiene Carpenter, pero tampoco sabemos si volveremos a verlo.

—¡Tenemos que encontrarlo antes de que alguien lo haga por nosotros! Ahora toda la ciudad sabe que existe.

—No tengas tan claro que lo vayan a buscar. Mira. Escucha lo que dice la gente...

Adriana prestó atención y casi todo el mundo comentaba que aquello no era ningún ovni, que seguro que era un dron de los que se habían puesto de moda desde hacía algunos años. El crédito de Raymond estaba por los suelos. Le había salido el tiro por la culata.

—¿Lo ves? —aseguró Israel satisfecho.

—Sí, es verdad, pero yo quiero recuperar a Kery cuanto antes. ¿Por qué no vamos a buscarlo hoy mismo aprovechando que todo el mundo está de fiesta?

Israel dudó.

—Mira, cuando recojamos a Currito a las diez iremos a buscarlo, ya que estamos solos en casa. ¿Qué te parece? —sugirió él.

—¿Y si papá y mamá nos pescan cuando vuelvan?

—No te preocupes, solo será un rato. Ellos no volverán hasta las tantas de la madrugada. Te garantizo que no te volverá a caer otro castigo.

Israel le guiñó el ojo en señal de complicidad.

—Vale —asintió ella convencida.

Así, dejaron pasar las horas de la tarde hasta que llegó el momento de ir a recoger a Currito. Adriana pidió permiso a su hermano para ir al váter a última hora antes de marcharse. Israel se quedó solo, impaciente por irse. Por desgracia, todavía le quedaba una última sorpresa. En la espalda sintió algo punzante y metálico.

Eran Ralph y Damián, disfrazados de militares zombis. Damián le apretaba para obligar a que avanzara mientras disimulaban entre el gentío.

—Ahora nos vas a decir la verdad sobre el platillo volante, hermano.

Casa de Ralph (dos días antes)

El padre de Ralph regresó esa jornada con la cabeza en otro sitio. Entró en su despacho y cerró la puerta a cal y canto. Ralph descansaba en el salón leyendo *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, pero se prometió a sí mismo que era el último libro que iba a leer de ciencia ficción por un buen tiempo. La bronca con Israel y su salida de la Pandilla UFO tenían una explicación lógica. Su padre le había obligado a no seguir perdiendo el tiempo en tonterías e historias de fantasía. Le contó toda la verdad sobre el caso Roswell que el ejército guardaba con celo como alto secreto. Así entendió que seguir en esa pandilla era una pérdida de tiempo. Lo que pasa es que no tuvo valor de decirle a su amigo que en realidad él no tomó una decisión autónoma.

Su padre se llamaba Aiden de la Cruz y era un alto cargo del Ejército de EE. UU. con profundos rasgos latinos. El coronel sentía vergüenza de su hijo. Estaba condenado a repetir curso y a no graduarse, así que su entrada en la Universidad tenía que postergarse hasta el próximo año. Este fracaso en un centro tan importante como el Instituto Militar de Nuevo México lo había dejado noqueado y, sobre todo, enfadado.

Su padre llevaba días sin dirigirle la palabra, pero esa tarde volvió a hacerlo.

—¿Otra vez leyendo libritos de ciencia ficción? Creí que habíamos acordado que este verano te ibas a comer los apuntes de la escuela...

—Lo siento, papá. Ya lo empecé y quería terminarlo.

—Ralph, a mí me parece genial que leas, pero lo primero es lo primero. Este año has abandonado los estudios y no quiero que esto se repita jamás. Estás en un momento crucial de tu vida. No quiero que seas un desgraciado como casi todos los que viven en Roswell. ¿Quieres acabar en una granja entre animales?

—Te prometo que lo arreglaré. Confía en mí aunque sea por una vez.

—Por cierto... —le interrumpió el coronel—. ¿Has abandonado ya la pandilla?

—Sí, no te preocupes. No volveré a...

El padre lo interrumpió.

—Entonces no sabes nada de un pequeño artefacto con forma de platillo que ha encontrado tu amigo Israel... ¿verdad?

—Ni idea, pero es capaz de inventarse cualquier cuento con tal de llamar la atención. Sobre todo ahora que está dolido y quiere demostrar a toda costa que los extraterrestres son reales y que el caso Roswell es verídico.

—Esto no tiene nada que ver con el incidente de Roswell. Ya te conté con detalles que el lío que se montó fue por una operación de alto secreto del Ejército. El caso es que tu amiguito ha aparecido con un aparato que podría pertenecernos. Ha sido en la presentación del libro de Raymond, pero no sé si es un invento de tu amigo. Dice que lo tuvo en sus manos pero que volverá a cogerlo. No quiero montar un revuelo con esto. Sabes que en esta ciudad cualquier cosa tiene mucha repercusión... Si es verdad que existe ese aparato ¿podrías conseguírmelo?

—Claro, papá. Eso está hecho.

La oportunidad para reconciliarse con su padre apareció de la nada. Tenía que quitarle ese cacharro y, a lo mejor, el verano iba a ser menos duro de lo que esperaba. No podía fallarle bajo ningún concepto.

A la fuerza, arrastraron a Israel a un callejón oscuro. Lo acorralaron entre los dos para que no pudiera escapar. Ralph le mostraba la navaja estirando el brazo amenazante.

—Dime dónde conseguiste ese platillo volante —le espetó.

—No lo tengo en mi poder. Ya has visto que se le ha escapado al señor Raymond.

—¡Mientes! —exclamó Damián—. Seguro que lo estabas controlando remotamente y le has tomado el pelo a ese farsante. Quiero el aparato. Así que dime dónde lo tienes guardado. No pienso tener piedad de ti.

—¿Y para qué lo quieres? ¿No quedamos en que todo esto de la Pandilla UFO era una pérdida de tiempo para ti? —replicó Israel.

—Tengo mis motivos. La abandoné porque ya sé la verdad sobre el caso Roswell. Por eso quiero que me des el platillo. Deja de perder el tiempo con estas memeces.

—Claro, seguro que me dices que nunca se estrelló un platillo y que allí no se encontraron cuerpos de seres desconocidos. ¿Me vas a volver a contar la historia del globo aerostático?

—No, ni mucho menos... A ver, piensa en el año en el que se estrelló el supuesto platillo. 1947. Dos años después de la Segunda Guerra Mundial. El gran enemigo de EE. UU. no eran los extraterrestres, sino los nazis. Puede que la gente de Roswell viera un platillo. Pero ¿y si te digo que no era de otro planeta? ¿Y si fuese un avión secreto de diseño nazi?

—Qué bobadas estás hablando... —dijo Israel absorto.

—¿Bobadas? Uno de los rumores que perduraron durante aquellos años de guerra era que los nazis estaban construyendo y experimentando con aviones del estilo de los platillos volantes.

—Qué me cuentas... Eso son historias que todo el mundo sabe que no son verdad.

—¿Estás seguro? Informes del FBI que ha podido ver mi padre hablan de entrevistas a prisioneros de guerra alemanes y a pilotos de caza que vieron pruebas con platillos volantes en el espacio aéreo de la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y que tiene todo esto que ver con Roswell?

—¡Está claro! Los mismos científicos que estuvieron probando estos platillos con forma de nave fueron traídos de forma oculta a EE. UU. bajo un

proyecto secreto. Este comenzó en la última etapa de la guerra para traer a los expertos nazis y ayudar a los fines bélicos de Norte América. Estaba claro que al final de la Segunda Guerra Mundial serían los rusos el próximo gran enemigo. Tras derrotar a la Alemania nazi, el objetivo era captar al mayor número de científicos alemanes antes de que los rusos lo hicieran.

—¿Y a dónde los llevaron? Ya me lo imagino...

—Piensas bien. Los trajeron a Roswell. El accidente fue en realidad un platillo de experimento de diseño nazi. No fue un globo ni un platillo de otro planeta.

—Y si era una nave nazi... —dijo Israel entrecortado. Ralph continuó por él para concluir lo mismo.

—Exacto. Muchos de estos científicos no eran gente que los nazis había forzado a trabajar con ellos, sino que ellos mismos eran de pensamiento nazi. Resultaba, por tanto, inviable que esto se hiciera público. Hubiera sido un escándalo para el Ejército estadounidense.

—Parece una explicación lógica. Pero... ¿qué hay de los pilotos?

—Lo que encontraron fue el lanzamiento de un cohete V2 traído de la Alemania nazi con una tripulación de monos y, puesto que la guerra fría con la URSS estaba en auge, se inventaron el bulo del platillo volante para luego convertirlo en la trola del globo meteorológico. En aquella época el problema era aligerar los aparatos para que pudieran volar hasta Rusia... reduciendo incluso el tamaño de la tripulación, así que se planteó la posibilidad de entrenar a niños, enanos, monos... Puede parecer una locura, pero...

—Esto no tiene porqué ser la verdad, por mucho que lo diga tu padre.

Israel meditó si podía ser veraz lo que le estaba contando Ralph. ¿Era el globo aerostático una manera de probar la bomba atómica? Recordó también cuando estudiaron la desclasificación del Departamento de Servicios Históricos de la CIA a mediados de los 90, por la cual se exponía que la doctrina de la CIA respecto a los ovnis era muy sencilla: si se topaban con un caso inexplicable, lo hacían explicable. Y si se topaban con algo que sabían lo que era —un avión espía, una misión clandestina o una prueba nazi como contaba su amigo— automáticamente llamaban al ufólogo a sueldo para decir que era un platillo volante.

El sonido de unos helicópteros les interrumpió. Miraron al cielo sorprendidos.

—Si estás tan seguro de que el platillo es un dron... ¿por qué el ejército está haciendo estas maniobras?

—No lo sé, quizás... ¡Arggg! —aulló Ralph.

Adriana apareció de las sombras y le dio un brutal mordisco en la mano. La navaja cayó al suelo. Israel aprovechó para darle un puntapié que la hizo volar hasta perderse en la montaña de basura que llenaba los contenedores. Damián no supo reaccionar, así que Israel le profirió un fuerte puñetazo en la cara. Lo tumbó sin remedio.

Ralph también recibió otro mazazo de propina mientras se quejaba amargamente del bocado en la mano ensangrentada.

—¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí ya!

Israel cogió el brazo de Adriana y ambos marcharon corriendo. Al salir del callejón lograron perderse entre la multitud. Mientras avanzaban, Israel le explicó la situación.

—Tenemos que buscar a Kery. Todo el mundo lo quiere. Algo tiene que estar pasando con él. Si no lo encontramos nosotros, ellos lo harán y entonces jamás sabremos qué es... —Israel señaló al cielo para mostrarle los helicópteros.

—¡Son los malos! —gritó Adriana.

—No sabemos lo que son, pero estos militares han encubierto muchas cosas desde siempre. Si consiguen el platillo volante nunca más volveremos a verlo. ¡Siempre es lo mismo! Y... por cierto, ¿dónde has aprendido a morder así?

Llegaron al punto de encuentro donde estaba Currito con sus tíos y primos.

—¿Qué ha ocurrido? Llevamos aquí esperando casi veinte minutos —protestó su tía Nancy.

—Lo siento. Nos hemos entretenido y se nos ha ido el santo al cielo... ¿Qué le pasa a Currito? —preguntó Israel.

—Nada. Que como no ha ganado el concurso de disfraces se ha enfadado... —dijo su tío con la sonrisa en la boca.

—Muchas gracias, titos. Nosotros nos vamos ya.

Se despidieron y buscaron en la periferia el parquin para coger el coche. Iban a toda máquina. Temían que Ralph y Damián pudieran encontrarlos.

Currito apenas podía seguir el ritmo y continuaba llorando sin consuelo.

—Calla ya. ¿Te creías que ibas a ganar con ese disfraz cutre de la juguetería? —le inquirió su hermano en un ataque de sinceridad. Pero se arrepintió. Currito tenía solo seis años. No podía destrozar así sus ilusiones.

Una vez dentro del coche, Israel metió la llave y notó que el contacto hacía un ruido extraño. Al intentar arrancar sus temores se volvieron realidad. No había forma de hacerlo funcionar. Hacía el amago, pero no reaccionaba. Israel le dio varios puñetazos al volante.

—¡Mierda! ¡Esto no puede estar pasando! —se quejó. Posó su cabeza en la ventana, derrotado. El viejo auto de tercera división con más de trescientos mil kilómetros no daba para más.

—A papá a veces tampoco le arranca. Pero hay que insistir. Al final siempre lo consigue —aseguró Adriana.

—Maldito trasto. Justo ahora tiene que fallar.

Israel seguía forzando la llave, pero no lograba su propósito.

—Hermano... —dijo Adriana.

Cuando Israel miró al asiento de atrás, la pequeña señalaba fuera del parquin. Descubrió que le estaba advirtiendo del peligro que corrían.

Portando un bate de béisbol Ralph y Damián habían entrado en el recinto. Buscaban venganza y no había escapatoria posible.

—¡Abajo! No pueden vernos.

Los tres se agacharon en el suelo del vehículo para esconderse. Por suerte, las ventanas estaban tintadas con unas láminas oscuras. Esperaba que fuera una coartada suficiente para salir del apuro.

—¡Allí está su coche! —exclamó Ralph eufórico.

Pero cuando se acercaron al vehículo comprobaron que aparentemente estaba vacío.

—No están aquí. Todavía andarán dando vueltas por la plaza —pensó en voz alta Damián.

Los tres hermanos vivían con tensión el momento. Notaban la respiración de sus perseguidores. ¿A qué esperaban para largarse de allí?

Pero Ralph dudó. Se acercó con sigilo a la ventana del conductor y miró. Al principio no veía muy bien por culpa del entintado negro, pero intuyó que había alguien allí. No le dio tiempo ni siquiera a pensarlo. Israel abrió la puerta con todas sus fuerzas y Ralph recibió un impacto brutal que lo tumbó junto a su otro amigo. Sabía que solo habían ganado unos segundos... hasta que hizo un último intento de arrancar el coche.

Y se obró el milagro. El rugido del motor era música para sus oídos. Metió la primera marcha y la apuró hasta el fondo. Una interminable humareda negra fue el único rastro que dejaron cuando abandonaron el aparcamiento.

—¡Bien! —gritó Adriana victoriosa.

—¡Qué guapo ha estado! —exclamó Currito respirando con dificultad por los nervios.

Israel no compartía el entusiasmo de sus hermanos. Demasiadas aventuras en tan poco tiempo y todavía podía quedar lo peor.

—Vamos a buscar al platillo cerca de la casa de los Brazel. Espero que esté allí, como siempre...

Los dos pequeños se encargaron de examinar los cielos por si encontraban algún indicio de Kery, pero no veían nada.

Hasta que llegaron a su casa. Entonces lo divisaron justo en el tejado. Desprendía una gran luz azul, destacando en la enorme oscuridad. Y ocurrió lo inesperado. Kery hizo movimientos de zigzag hasta desplazarse en línea recta.

Israel lo siguió a duras penas. ¿A dónde iba? ¿Qué le ocurría? No tardó en averiguar que se dirigía a un lugar emblemático de Roswell: el Bottonless

Lakes State Park, el lago más famoso de la región. ¿Por qué iba justo allí?

El lago de Roswell solía estar lleno y tenía un color precioso y pintoresco a la luz de la luna. Estaba a doce millas al este de Roswell y era el lugar idóneo para buscar paz y tranquilidad. Parecía un oasis en medio del desierto.

No había guarda-parques ni vigilancia, así que pudieron seguir la pista del platillo sin problemas. Al llegar se encontraron un estercolero: un montón de basura flotando por el lago y multitud de restos de comida de las personas que habían hecho picnic ese mismo día. Como siempre, el ser humano demostraba que no tenía valores para el respeto del medio ambiente. El campamento estaba totalmente despoblado porque la mayoría estaban en Roswell celebrando el festival.

En realidad, eran una serie de lagos, pero solo se podía nadar en uno. Kery se paró en el principal. Entonces empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Las aguas abandonaron su tranquilidad. Se formó un remolino en el agua. El vórtice se movió hasta parecer violento. Sin duda podría haberse tragado un barco si lo hubiera sorprendido por allí cerca. Este espectáculo fenomenal comenzó a darles miedo a los niños, que se abrazaron a las caderas de Israel.

—Tranquilos, no temáis —les tranquilizó.

Cuando el remolino estaba en su auge, una enorme estructura emergió con suma parsimonia. No pudieron saber de qué se trataba exactamente. Todo les resultaba muy confuso en la oscuridad de la madrugada.

Por desgracia, todo se truncó cuando estaban convencidos de descubrir algo insólito. Los helicópteros avistaron al platillo volador en plena faena y le dispararon a bocajarro. Le alcanzaron sin problemas.

—¡Kery! —gritó Adriana. A Currito se le saltaron las lágrimas.

Pero el platillo, a pesar de todo, no cayó al lago. Parecía que todavía le quedaba un halo de energía.

—¡Mirad, no lo han derribado del todo! —exclamó Israel intentando animar a sus hermanos.

Los helicópteros giraron a la altura de la orilla del lago y volvieron a la carga para tumbar al platillo volante. O al menos eso parecía, porque esta vez no le atacaron. El plato se desplazó ya sin emitir luz de ningún tipo. Era invisible para todos... hasta que la diosa fortuna hizo que cayera a diez metros al lado del coche.

No dudaron en correr para cogerlo aun sabiendo que se estaban jugando

la vida. Quién sabe si esos malditos helicópteros podrían volver a disparar.

—Todavía funciona... —afirmó Israel tras examinarlo.

—¿Está vivo? —preguntó Currito.

Los helicópteros seguían sobrevolando el lugar buscando con sus potentes luces un rastro del objeto volador. No tardarían en descubrirlos si no salían pitando de allí.

Los niños corrieron al coche. Por suerte, esta vez arrancó a la primera. Abandonaron el parque a toda pastilla con la esperanza de que nos los detectaran.

—¿Nos persiguen? —preguntó Israel mientras estaba concentrado al volante.

—Creo que los hemos despistado... —dijo Adriana. Tenía a Kery en sus manos. Emitía leves chasquidos como si estuviera luchando por permanecer en funcionamiento.

—Se está muriendo —se lamentó Currito.

—Tenemos que intentar arreglarlo. No quiero que lo perdamos —advirtió la hermana.

—Lo intentaremos. Pero me temo que no hay mucho que hacer. No tenemos ni idea de cómo funciona este trasto. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta si pertenece a este mundo. Aunque Ralph me dijo que era una tecnología de la Segunda Guerra Mundial. Pero cualquiera se fía de él... —dijo Israel.

—¡No! ¡Es de los marcianos! —gritó Currito indignado.

—Habría que pensar quién nos podría ayudar a arreglarlo si es que tiene solución. —Israel miraba por el retrovisor cómo el platillo seguía luchando por no apagarse.

—Cuando lleguemos a casa pensaremos algo a ver si... ¡Ostras! —aulló Israel.

De entre las sombras del camino, a la altura del rancho Foster, se cruzó el viejo haciendo aspavientos en medio de la oscuridad del camino.

Israel perdió el control del vehículo intentando esquivarlo. El coche dio varias vueltas y acabó bocabajo. Se desmayó al instante.

Israel despertó con un fuerte dolor de cabeza. Tenía una herida en la frente por culpa del impacto. Estaba mareado, pero eso no impidió que buscara con la mirada a sus dos hermanos. Adriana yacía en el asiento de atrás. Currito no estaba. El corazón empezó a latirle como una moto. ¿Dónde estaba su hermano pequeño? Tampoco veía por ningún lado al platillo volador. Todo era muy extraño.

Pero antes que nada tenía que comprobar si Adriana estaba bien. Le cogió el brazo y la zarandeó buscando una reacción. Para su alegría despertó de inmediato.

—¡Ah! ¡Me duele todo! —se quejó.

—¿Estás bien, Adri? ¿Te has roto algo?

—Creo que no.

—Vamos a salir del coche. Es peligroso que estemos aquí. No sé dónde está Currito.

A duras penas pudieron salir por la ventana del coche. Los cristales estaban destrozados y sintieron algunos cortes en las piernas. Ante el rancho Foster yacía el coche accidentado, pero fuera tampoco estaba el pequeño de la familia ni había rastro del platillo. Nada se sabía tampoco del anciano, el culpable de aquel estropicio. Si no fuera porque estaba muy preocupado por el paradero de Currito, ahora solo estarían pensando en la cara de sus padres cuando supieran que habían destrozado el coche. A esas alturas ya tendrían que estar en casa, tal como habían prometido.

—¿Dónde estará este niño? Espero que esté bien... —dijo Adriana.

—¡Currito! —exclamó Israel.

Ante ellos el rancho se presentaba siniestro en la oscuridad. Por nada del mundo hubieran entrado allí de no ser porque tenían que encontrar al pequeño de la familia, y quizás el viejo ciego supiera dónde estaba.

—Tenemos que entrar. Puede que esté ahí dentro escondido —sugirió Israel.

La puerta del rancho se entreabrió sola... como una tenebrosa invitación para entrar.

Adriana no había pasado tanto miedo en su vida, pero se armaron de valor y entraron. Dentro todo estaba oscuro. En el salón principal, la televisión emitía una película en blanco y negro que el mayor localizó de inmediato. *It Came From the Outer Space*. Sin duda, el anciano estaba estancado en películas de otra época. No se veía rastro de nadie. De improviso ambos creyeron oír un grito ahogado de Currito.

—¿Lo has escuchado? —preguntó la niña desconcertada.

—¡Sí! Tiene que estar aquí.

—Menos mal que parece que está bien.

—No cantes victoria, es un quejido. ¡¿Currito, dónde estás?!

Los gritos del menor volvieron. Pero tan profundos que no sabían de dónde podían llegar.

—Parece que viene de abajo.

Israel intentó demostrar su especulación poniendo la oreja en el suelo de madera. Posteriormente, con varias patadas intuyó que abajo tenía que haber un sótano. Sacó su móvil para utilizarlo como linterna. El brillo de la luna llena no era suficiente para ver con claridad en el interior de la casa. Pulsó un interruptor de la luz, pero no funcionaba.

Avistaron una puerta que bajaba a un profundo sótano oscuro. Un alarido de Currito les hizo saber que estaba allí mismo. Bajaron deprisa por las inestables escaleras de madera hasta que con la luz del móvil pudieron ver algo terrorífico: Currito estaba encerrado en una enorme jaula, en lo que parecían ser unas caballerizas.

—¡Currito! ¿Estás bien? —exclamó Israel nervioso.

Dentro yacía el niño que acudió a los barrotes sollozando.

—¡Sacadme de aquí! —gritó entre lágrimas

—¿Quién te ha metido en este sitio? —inquirió Adriana.

—Ese... —Currito señaló al final del sótano, justo a la espalda de sus hermanos.

Entonces una vela se encendió. El anciano sopló la cerilla y les mostró una sonrisa malévol.

—¿Acaso queréis robarme mi tesoro? —preguntó bajo la amenaza de un viejo rifle.

Adriana dio un respingo al ver al abuelo. Había olvidado que habían protagonizado un allanamiento de morada. Su hermano intentó mantener la calma, pero la colocó detrás de sí para protegerla de un posible y fatal disparo.

—Señor, solo queremos llevarnos a nuestro hermano. Si lo libera no le diremos nada a nadie... —le rogó Israel.

—¿Vuestro hermano? ¿De qué hablas, chaval? Esto no es una persona, es...

Los niños entendieron que el anciano confundió a Currito con otra cosa. La ceguera y el disfraz de E. T. hicieron el resto. Currito se quitó la capucha del disfraz descubriendo su verdadero aspecto.

—... ¿No es mi criatura? —preguntó confundido el viejo.

—No sé a qué criatura se refiere, pero ese de ahí es mi hermano. Por favor, sáquelo. No es ningún animal...

El dueño de la casa se acercó a comprobar que era cierto lo que le decían. Bajó el arma y sacó del bolsillo un llavero. Tras varios intentos consiguió liberar al niño. Este corrió a los brazos de su hermana, todavía lleno de miedo.

—¿Cómo os llamáis, niños? ¿De dónde sois? Os vi el otro día por aquí.

Israel hizo las presentaciones.

—Así que vivís cerca de aquí, a media milla. Yo me llamo Carl Brazel... Lo siento, ha sido un error. Creí que era él... Se escapó esta tarde y no he vuelto a verlo. ¡No sé dónde se ha podido meter! ¡Maldita sea! ¡Tengo que encontrarlo! —bramó el viejo.

—No podemos ayudarle si no nos dice qué es lo que tenía usted encerrado en esa jaula...

—Era una criatura con una gran cabeza, ojos abultados y piel amarillenta, de baja estatura. Cayó en una de mis trampas y estaba malherido. ¡Tiene que ser uno de ellos! ¡Uno de esos seres que encontraron aquí hace setenta años! Mi abuelo tenía razón... esta maldita ciudad se ha enriquecido a nuestra costa.

—Lo siento, señor. Sabemos que a su abuelo no lo trataron muy bien las autoridades... —afirmó Israel.

—A mi abuelo Mack Brazel, el que realmente descubrió el platillo accidentado, lo secuestraron durante esa noche para que nadie pudiera hacerle

demasiadas preguntas. En ese arresto tuvo que soportar horas de intensos interrogatorios y un examen médico. Cuando lo liberaron hizo varias entrevistas a medios de comunicación, pero nunca vieron la luz. El ejército metió sus hocicos y amenazó a los periodistas con la pérdida de su trabajo. Posteriormente, mi abuelo volvió a la emisora de radio con una historia nueva que nada se parecía a la que había relatado antes... Mientras la verdad de mi abuelo se enterraba para siempre, todos han sacado provecho a esta maldita fiebre de los extraterrestres, pero nadie ha demostrado nunca nada y nuestra familia jamás recibió ni un dólar. Pero yo sí encontré uno de ellos como ya hizo Mack... y ese maldito cacharro lleva rondando mi rancho desde entonces. Seguro que estaba buscando a la criatura... —El señor señaló al platillo volante que yacía en una esquina del sótano al lado de montones de bolsas llenas de basura.

—¡Kery! —Adriana saltó como un resorte hacia el plato volador. Lo cogió en sus brazos. Todavía seguía dando chasquidos a cuenta gotas, dando las últimas bocanadas de funcionamiento.

—¿Me está usted diciendo que ha tenido apresado a un extraterrestre?

—¿Un extraterrestre? No exactamente. ¿Aún no sabes qué son realmente?

El anciano encendió una pobre luz en el sótano y pudieron discernir que era mucho más grande de lo que creían. Al lado de la escalera había una extensa biblioteca e incluso tenía un pequeño despacho lleno de papeles y porquerías, todo muy desordenado, con un cenicero lleno de colillas desparramadas. Parecía que era una persona muy leída. Un erudito. Nada les habría hecho pensar otra cosa que no fuera lo contrario.

—Hace menos de un año empecé a perder la vista poco a poco por culpa de un glaucoma. Antes de eso pude leer muchos libros y teorías sobre lo que pasó aquí en Roswell. Fue mi padre quién me dio las pistas. A nadie le interesaba que saliera a la luz la verdad. Todos en este pueblo quieren seguir viviendo del cuento y han creado esta farsa sobre extraterrestres... —declaró Carl.

—Hay muchas opiniones, señor. Y nada demostrado a ciencia cierta. Pero con este platillo volador y esa criatura que dice haber encontrado... todo podría cambiar —añadió Israel.

Carl se dirigió a la biblioteca y sacó un libro de color negro. En la portada había una especie de humanoide.

—Este libro es la clave y nadie ha reparado en él. Mac Tonnies ahondó en una explicación sorprendente. Escribió que, tal vez, las inteligencias detrás del fenómeno ovni no eran extraterrestres como muchos suponen. Los llamados grises y todas las criaturas avistadas no son de origen extraterrestre. Son de aquí, de la Tierra.

—Los criptoterrestres... —afirmó Israel seguro—. He leído algo sobre ellos. Creí que eran un invento. Cuentos, mitos y leyendas de avanzadas entidades que viven por debajo de la superficie del planeta han circulado durante miles de años en nuestra historia.

—¿Acaso te parece una teoría menos creíble que la posibilidad de que vengan de otros mundos? ¿Para qué iban a venir a nuestro planeta, un lugar hostil habitado por una especie cuyo único propósito es destruirse a sí misma? ¿Por qué a los extraterrestres, a incontables años luz de distancia, les importaría lo más mínimo nuestro mundo pequeño e insignificante?

Los niños asintieron. Carl continuó con su discurso.

—Pero en lo que nadie ha reparado es que en este libro de Mac viene la explicación del caso Roswell —aseguró Carl.

El anciano abrió el tomo por una página marcada con un pòsit.

—Por favor, lee en esta página. Está subrayando. Yo ya no puedo hacerlo, por desgracia...

Israel cogió el libro y leyó en voz alta:

—«El artefacto que se estrelló cerca de Roswell en el verano de 1947, lo que fuera, presentaba propiedades características, al menos superficialmente, como el globo aerostático citado como última explicación por la fuerza aérea. Los desacreditadores, por supuesto, han utilizado la reveladora falta de componentes de alta tecnología hallados entre los restos para descartar la posibilidad de que el accidente no fuera sino un caso de mala interpretación. Ni siquiera el mayor Jesse Marcel, el oficial de Inteligencia que abogó por un origen extraterrestre para el inusual papel de aluminio y las vigas estructurales, mencionó algo remotamente parecido a un motor o instalación eléctrica».

Israel hizo un parón en la lectura para sacar conclusiones.

—Entonces, lo que dice en realidad es que los criptoterrestres podrían no ser tan evolucionados científica y tecnológicamente. Tal vez el aparato de Roswell no era de alta tecnología porque ellos no están tan avanzados como nosotros. Podría haber sido un dispositivo de vigilancia, por ejemplo, un globo aerostático derribado en una tormenta, pero no de procedencia humana...

—Así es. Eso mismo pienso yo. Repasando tan preocupante hallazgo, empieza a tener sentido el excesivo secretismo de la Fuerza Aérea... El accidente no solo no tenía nada que ver con los extraterrestres, sino que tampoco tenía nada que ver con nosotros... —aseguró Carl.

—Entonces el incidente de Roswell representó la caída de un aparato pilotado por antiguos humanoides que habitaban dentro de la tierra, en las ocultas y profundas cavernas subterráneas. ¿Cómo diablos podríamos llegar hasta ellos? ¿Y por qué han salido si somos una amenaza? —se preguntó Israel.

—Si los extraterrestres son realmente criptoterrestres se han visto obligados a compartir en secreto el planeta con nosotros... Algo muy gordo debe estar ocurriendo allí abajo —finalizó Adriana con una elocuencia impropia de su edad.

De repente se escucharon unos pasos en el piso de arriba. Una especie de correteo nervioso.

—Aquí está... Parece que no ha salido de casa —concluyó Carl.

Por desgracia también volvió el sonido de los helicópteros. El ejército, o quién demonios estuviera buscando el platillo volador, estaba muy cerca.

Los tres niños sintieron mucha emoción, pero sobre todo mucho miedo.

—¡Vamos, tenemos que atraparlo! Hijo, ayúdame.

Carl se apoyó en Israel para subir por las escaleras. Adriana no soltó a Kery y Currito no se despegaba de ella.

—¿No le hará daño, señor? —preguntó la niña inquieta.

—No. ¿Cómo iba a hacerle algo? ¿Sabes cuánto dinero puede valer este descubrimiento? —contestó el viejo. La respuesta no gustó en absoluto a los chicos.

—Cuidado con él. No es muy agresivo, pero tiene una piel muy extraña y sensible. Es como si se pudiera romper si lo aprietas muy fuerte —añadió el anciano.

Israel no quería demostrarlo, pero estaba más emocionado que nunca. La sola posibilidad de pensar que podría en unos minutos ver lo que llevaba toda la vida persiguiendo con la Pandilla UFO...

Ya en la planta baja pudieron saber por qué lo que fuera que correteaba estaba tan nervioso. ¡La casa estaba rodeada! El espectáculo era el típico de las películas de los años ochenta, como cuando el bueno de E. T. se vio obligado a huir del acoso de los militares estadounidenses.

Varios miembros del Ejército armados hasta las cejas con unas máscaras que parecían antigás y cinco camionetas estaban rodeados de personas con un enorme traje blanco y casco, como los equipos de protección individual utilizados en los hospitales para evitar contagios de enfermedades. A través de la ventana vieron el enorme despliegue.

—Maldita sea, nos han encontrado —se quejó Israel—. ¿Cómo han podido saber que estábamos aquí?

—A ver, hermano. ¿Olvidas que nuestro coche está ahí delante hecho un desastre? —le dijo Adriana en tono jocoso.

—Este maldito platillo tiene que ser el causante. Seguro que estaba buscando al criptoterrestre. Debe de ser tecnología típica de ellos, como una especie de buscador —afirmó Carl señalando con dificultad al aparato.

La casa estaba sitiada y no había escapatoria. Israel miró a la cocina y lo vio. Toda la vida llevaba esperando ese momento. Ni en sus mejores sueños creía que llegaría a verlo con sus propios ojos. Una criatura de menos de un metro con un cráneo sin pelo. Los ojos muy grandes parecían huecos, pero eran capaces de devolver una mirada profunda que se clavaba en el corazón.

Se quedaron mudos. Allí, al lado del salón, la tele iluminaba en el fondo a un ser extraordinario. Era como una caricatura surrealista de nosotros mismos. En apariencia parecía humano. Se movía como nosotros, pero era de color blanco amarillento.

El ser los observaba fijamente sin mostrar ninguna expresión en la cara. Empezó a caminar a dos patas acercándose a ellos. Currito se tapó los ojos y Adriana saltó atrás.

—Calma... Es inofensivo —Carl intentó tranquilizarlos.

El ser seguía acercándose despacio. ¿Cuál era la intención de esa extraña criatura? Pero no pudo andar mucho más. Se desplomó delante de ellos en una especie de desmayo.

—¡Dios! ¿Se ha muerto? —preguntó Adriana.

El platillo volante reaccionó dando algunos tumbos, pero la niña lo tenía bien sujeto.

Israel se acercó al humanoide. No estaba muerto. Jadeaba por su minúscula boca. Pudo notar al tacto con su cuerpo que jamás había tocado una piel parecida.

—¿Qué le pasará? A lo mejor no puede respirar bien aquí en el exterior de la tierra —sugirió Israel, dando por hecho la teoría de los criptoterrestres.

—No hay tiempo para charla. El ejército se dispone a entrar en la casa. Tenemos que esconderlo.

Fuera, el coronel Aiden De la Cruz tomó la iniciativa y con un altavoz hizo un llamamiento. Israel abrió una ventana e hizo señales para tranquilizarlos.

El padre de Ralph reconoció al amigo de su hijo de inmediato.

—Hijo, ¿qué haces ahí dentro? Tienes que salir cuanto antes. Puede ser peligroso. Ese platillo volante nos pertenece y puede dañar vuestra salud. Es radiactivo.

—¿Cómo sabe que tenemos el platillo?

El teniente se despojó de su máscara protectora y con un ademán ordenó a su acompañante que hiciera lo mismo. ¡Era el señor Raymond! ¡Ese maldito traidor!

—Chaval, deja de jugar con ellos. No tienes nada que hacer —le ordenó Raymond.

—Eres una rata traidora. ¡Por tu culpa perdimos el artefacto! —le acusó Israel—. Además... ¿cómo sabe que lo tenemos?

—Por una razón que no imaginas...

Raymond metió la mano en su bolsillo y sacó algo. Al principio no pudo ver bien lo que era, pero cuando se la mostró lo supo. ¡Era la piedra de Roswell!

Raymond portaba la piedra. ¡Él fue el ladrón! ¡Menudo farsante! Jamás había conocido a nadie con tan poca palabra. La mente de Israel estaba en plena ebullición. La piedra de Roswell resplandecía y se movía en la mano del escritor.

—Siento el magnetismo de la piedra. Hay una energía que se dirige hacia la casa. Tenemos que fusionarla con el platillo y podremos saber qué ocurre. Así que entréganoslo ahora mismo —le ordenó.

—Maldito Raymond. Si tú la robaste, ¿porque no hiciste la prueba en el museo? —le recriminó Israel.

—Yo no robé nada, fue él... —se excusó Raymond mientras acusaba al coronel. Pero fue lo último que dijo. El padre de Ralph le dio un golpe seco en la cabeza con el mango de su revólver. El escritor cayó fulminado.

—En la presentación de su libro escuché cómo llamó a un colega y le contó que un chaval había encontrado un dispositivo de origen desconocido. Estaba seguro de que este artilugio tenía algo que ver con la piedra Roswell, aunque no te dijo nada en un principio. Luego aseguró que tenía que robártelo de alguna manera... Así que me adelanté tomando prestada la piedra Roswell, con el beneplácito del director del museo...

Aiden de la Cruz cogió aire.

—Quitadme a esta basura de en medio —dijo mientras señalaba a Raymond—. Cuando despierte seguid nuestro protocolo para que mantenga la boca cerrada el resto de su vida.

El señor De la Cruz se colocó de nuevo el casco y con un ademán dio la orden para que los miembros de su brigada se dispusieran a entrar en el interior del rancho.

Dentro Israel no sabía cómo salir de esa situación.

—¿Qué hacemos? ¡Tenemos que esconder al criptoterrestre o nunca sabremos la verdad! —preguntó desconcertado.

—¡Niños, escondeos abajo en algún lugar con esta criatura! No tenemos más remedio. Le entregaremos el platillo... Eso debería bastar. No saben que tenemos a este bicho.

Mientras tanto, los militares golpeaban con violencia el portón.

—¡No! ¡A Kery no! —gritó Currito.

—Calla, niño, que este trasto está para el desguace —le contestó Carl

mientras ayudaba a la criatura a levantarse. Parecía reaccionar—. ¡Vamos, bajad!

Se dieron toda la prisa del mundo. La puerta temblaba y no tardó en desplomarse. Por suerte Adriana y Currito ya no estaban presentes. Israel tenía en sus manos el platillo. Aiden de la Cruz rugió furioso:

—¡Por Dios, suelta ese aparato! ¡Ya te he dicho que puede ser peligroso!

Israel dio un paso atrás.

—Usted miente. Esto no es artilugio de la Segunda Guerra Mundial. Todos vosotros mentís —le acusó.

—¿Quién te ha dicho tamaña tontería? —le preguntó el militar.

—Ralph...

El coronel reaccionó indignado.

—¿Sabes lo que tenéis que hacer con vuestra edad? Dejar de perder el tiempo y estudiar. Y mucho menos entrometeros en el trabajo de algo tan importante como el Ejército de los EE. UU. Dame el platillo, inmediatamente.

Entonces, sin que nadie lo esperara, el anciano se abalanzó contra el coronel.

—¡Fuera de mi casa, malditos! —gritó encolerizado.

El arrebató duró muy poco. El pobre hombre recibió un puñetazo de uno de los militares antes de alcanzar su objetivo. Cayó fulminado contra un mueble del recibidor.

El padre de Ralph miró de forma lasciva a Israel.

—Ahora, muchacho, deja de jugar a los superhéroes y entrégame ese aparato. Si no tendré que detenerte y no quiero que caiga sobre ti el imperio de la ley. Ya eres mayor de edad. Si me lo das, zanjaremos el asunto aquí mismo...

De repente Aiden escuchó un ruido en el sótano, un cierre de puerta. Movié la cabeza, intrigado.

—Bajad a comprobar si este puñetero vejestorio tiene aquí guardado algún secreto más aparte de este platillo... —ordenó.

Israel gritó en su interior, pero intentó no demostrar nerviosismo. ¡Sus hermanos y el humanoide estaban abajo! Quiso desviar la atención ofreciendo el platillo, pero fue inútil. Dos soldados reventaron la puerta del sótano y bajaron a peinar la zona.

Todo se había ido al garete. Iban a conseguir el platillo y, lo peor, probablemente a aquel extraterrestre o lo que diablos fuera. Y seguro que acabarían en el Área 51 como secreto de Estado y nadie sabría la verdad,

como pasaba desde hacía décadas en aquel hipócrita país.

A Israel se le quedó cara de tonto cuando el señor Aiden alzó el platillo buscando el hueco de la base. El momento esperado había llegado. Iba a encajar la piedra Roswell con él. Sabía que era arriesgado, pero el ansia de ser el primero en comprobar la resolución del misterio le pudo. Cuando la piedra Roswell y el platillo se fusionaron... pasó lo inimaginable.

Sótano del rancho (cinco minutos antes)

Adriana ayudaba a la criatura a bajar por las escaleras con la colaboración de Currito, que poco más podía hacer. No sabía dónde se podían esconder. Era prioritario resguardar a ese ser fuera de la vista del padre de Ralph, famoso en todo el condado por su maldad. No pudieron ser muy originales en la búsqueda de un escondite porque no había tiempo para pensar ni un segundo. Arriba ya se escuchaban pasos del personal del Ejército. Así que acudieron a un mueble que estaba lleno de material de arado, sacaron lo que pudieron y se metieron dentro. Currito se quejaba porque apenas podía respirar.

Por la parte de arriba entraba la luz a través de dos huecos que hacían visible parte del interior, pero ellos se acurrucaron de manera que a simple vista no se les descubría.

Dentro miraron a la criatura. Los observaba con inexpresividad. Adriana siempre había querido pertenecer a la Pandilla UFO, pero toda esta repentina aventura la había cogido en fuera de juego. ¡Tampoco se podía creer que estuviera delante de un extraterrestre! Ella siempre pensaba que si descubriéramos vida fuera de la Tierra se convertiría en el gran hallazgo de la humanidad, pero se había imaginado lo que vio en tantas películas que auguraban que un contacto con seres de otros planetas terminaría muy mal y que serían seres monstruosos, llenos de tentáculos y unas fauces con puntiagudos dientes de sierra. Esta cosa no era como lo había imaginado. A lo mejor era cierta la teoría que les había contado el anciano sobre que procedían de los fondos de nuestro planeta... A pesar de todo, le parecía algo tan extraordinario que le costaba creerlo.

Las dudas se disiparon cuando la criatura le tendió la mano. Ella le respondió con la suya y se interconectaron de una manera directa que no podría explicar con palabras. En una especie de relación de telepatía empezó a recibir información y pensamientos de la criatura. Tenían un mensaje para nosotros y era de vital importancia que la raza humana supiera la verdad. Adriana estaba concentrada en ese momento asombroso hasta que escuchó cómo destrozaban la puerta del sótano. Los pasos de varios militares la alertaron. Uno de ellos habló.

—Ha sido por aquí... Aquí tiene que haber más gente. Baja, John. Ten cuidado.

Currito se tapó la boca, lleno de miedo, y Adriana le ordenaba con el dedo que no emitiera ningún sonido. El corazón les bombeaba a mil por hora y parecía que se les iba a salir por la boca. Notaron la respiración de los militares cerca.

Ella ya sabía que el humanoide tenía miedo. Como todos.

—Vamos a abrir este mueble. Registradlo todo.

¡Estaban perdidos! ¡Los iban a pillar con las manos en la masa!

La puerta se entreabrió. Cerraron los ojos ante la derrota... pero algo increíble pasó. Una gran ráfaga de una luz celeste invadió toda su visión, unida a unas potentes turbulencias. Parecía un terremoto. Duró diez segundos interminables. Después abrió los ojos... ¡La criatura había desaparecido como por arte de magia!

Israel despertó tras varios minutos en el limbo del inconsciente. No se acordaba de nada. Se sentía como aquellos días que se levantaba en un fin de semana y no sabía si tenía que ir o no a la escuela. Pero al ver la cara del coronel incorporarse a dos metros empezó a hilar y a recuperar la memoria.

Supo, por fin, que lo que ocurrió fue que la fusión entre el platillo y la piedra Roswell había provocado el caos. Una explosión de energía que aún no se explicaba cómo no los había reducido a cenizas. Fue un brillo efímero pero muy fuerte. Duró segundos y luego cesó. Para entonces, todos perdieron la noción del tiempo y el espacio. Pero lo que realmente se esfumó fue el platillo volante con la piedra dentro. Aiden buscaba el artefacto por la cabaña como un descosido, pero no encontró nada. Los soldados tuvieron que pararle los pies pues tenía las manos abrasadas y debían acudir cuanto antes al hospital. En ese momento aparecieron del sótano Adriana y Currito. Los tres hermanos se abrazaron como nunca lo habían hecho.

—¿Dónde está Kery? —susurró Currito para que nadie lo escuchara.

—¿Y nuestro E. T.? —replicó Israel.

—Ha desaparecido... Cuando pasó lo del destello de luz. ¡Ha sido increíble!

—Dios... Veo que tenemos tarea para investigar —sugirió Israel.

—¿Entonces podemos formar parte de la Pandilla UFO? —preguntó Adriana entusiasmada.

—Nada me llenaría más de orgullo. Habéis demostrado que sois los que realmente merecéis la pena. Os quiero.

Volvieron a abrazarse hasta que cayeron en la cuenta de que tenían que ayudar al pobre Carl. El hombre se incorporó con dificultad. Cuando los niños le explicaron por lo bajini lo que había ocurrido él no dudó en afirmar:

—Mejor así. Donde quiera que estén ese platillo y el criptoterrestre, será mejor que en manos de esos sinvergüenzas.

Poco después llegaron ambulancias, la policía y otros miembros del ejército. Llamaron a los padres de los niños, que estaban angustiados. Ellos creían que les podía caer un gran castigo, pero no fue así. Días después la noticia saltó a nivel internacional y llegaron medios de comunicación desde todas las partes del planeta. No obstante, lo que nadie esperaba era una última y misteriosa sorpresa que cambiaría todo lo establecido.

De nuevo Roswell fue el foco de atención mundial. Cientos de periodistas invadían las calles. Se grababan documentales para todos los países y los niños atendieron a algunos de estos curiosos, aunque los padres cortaron de raíz este acoso y derribo del circo mediático. El ejército se entrevistó con los testigos y les pidió silencio en aquel caso. Y eso hicieron... hasta cierto punto. No hablaron jamás del contacto con la criatura, pero la existencia del pequeño artefacto volador estaba en boca de todos.

El periodista más famoso de Roswell, Duncan Almazara, transmitió desde el rancho unas últimas palabras:

—Mil aterrizajes de ovnis, objetos voladores no identificados, han sido catalogados en América desde 1940. La literatura generada por estos fenómenos ha sido extensa a lo largo de la historia. Avistamientos o encuentros con extraterrestres son un succulento bocado para vender periódicos, escribir libros o realizar películas. Periodistas sensacionalistas, vendedores de misterio o investigaciones... Son muchos los que han escrito sobre esta temática que sigue despertando interés. Prueba de ello son las numerosas referencias sobre ella en Google. Pero hoy, aquí, tenemos una evidencia absoluta.

El periodista sacó una copia de la foto del platillo volante al que apodaron Kery y continuó su disertación:

—Tras los alucinantes acontecimientos ocurridos de nuevo en este lugar de leyenda, si alguien dice que tiene todas las respuestas se está engañando a sí mismo. No conocemos las respuestas, pero tenemos muchas pruebas para respaldar las preguntas. Esto no va de ciencia y seguridad nacional. Si EE. UU. no toma la iniciativa para responder estas preguntas, otros lo harán — finalizó.

Israel no paraba de darle vueltas al asunto de su desaparición junto al criptoterrestre. En este sentido, lo que se descubrió en Roswell en 1947 pudieran no ser extraterrestres de un mundo lejano, sino una raza de entidades antiguas de aquí, de este planeta, aunque vivían casi exclusivamente bajo la tierra, en deliberado sigilo con excursiones secretas y breves a la superficie. Y, posiblemente, incluso a los cielos, utilizando algo parecido a un robusto dirigible artesanal como veíamos en tantas películas. Uno de ellos podría haber estallado y esparcido el extraño material que se encontró en el rancho

Brazel, aquella cosa parecida a papel de aluminio junto con una serie de entidades enanas muertas en el desierto.

Así nació la leyenda de Roswell. ¿Pero cuál era el motivo de sus salidas al exterior? ¿Sería verdad toda esa creencia en seres que poblaban el interior de la tierra? ¿Realmente todos los avistamientos que creíamos del espacio exterior eran seres de una raza que vivía junto a nosotros, invisibles a nuestros ojos, debajo de la tierra que pisamos? ¿Qué fue aquella explosión? ¿Una apertura a otra dimensión, una puerta interestelar o un atajo para volver a un nivel desconocido y subterráneo de la tierra? No sabía qué creer y toda esa historia le motivaba para seguir investigando con la Pandilla UFO, que ahora era su propia familia.

Lo que más le intrigaba de todo era que Adriana afirmaba que portaba un mensaje de la criatura. Quizás ella podía tener la verdad sobre un gran secreto. La niña describía una especie de comunicación entre mentes, una suerte de telepatía que Israel no sabía si tomar muy en serio por si todo fuera una confusión provocada por el estallido. Según ella, los criptoterrestres estarían entre nosotros, cohabitando este planeta con la civilización humana, aunque esto suene descabellado. Habían vivido en secreto, bajo la tierra, por incontables milenios. Pero algo había cambiado. El planeta había entrado en una fase de no retorno. Nuestros vecinos de las moradas subterráneas estaban sufriendo las mismas consecuencias del agotamiento de recursos, la contaminación y la destrucción del planeta por parte de la acción del hombre. Nos pedían que pusiéramos freno a nuestra autoaniquilación porque de ello dependía nuestra supervivencia... y la suya.

En parte tenía su lógica. Si los criptoterrestres estaban obligados a compartir el planeta con nosotros, entonces su deseo de que la Tierra se preservara sería una necesidad abrumadora para sobrevivir. Israel lo pensaba cada día. No tenía sentido seguir gastando recursos y dinero en descubrir si planetas muertos como Marte podían acoger a futuras colonias humanas cuando nuestro planeta, que era la máxima expresión de vida en el espacio conocido, se descomponía poco a poco por la mano del hombre. Teníamos que reaccionar por el bien de todos.

A finales de esa semana ocurrió algo que podía ser un punto de inflexión para atar cabos a tantas dudas. El ejército encontró los restos de una enorme nave partida por la mitad en el lago. ¿Pertenería a la criatura que encontraron en el rancho? Los restos eran como barras o radios sobre cuya estructura había grabados unos jeroglíficos.

Y esta vez no se pudo parar la verdad en la era de internet. La noticia se hizo viral y Roswell pasó a ser, de nuevo, noticia en todo el mundo. La verdad estaba ahí fuera. Por tanto, esta no iba a ser la última aventura de la Pandilla UFO.

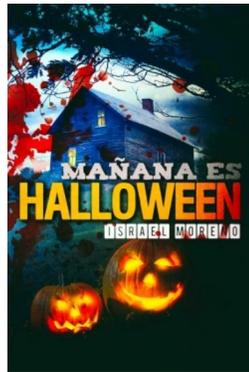
NOTA DEL AUTOR

Como autor autoeditado, apuesto por ofrecer mis libros al menor precio posible y tras ser revisados por un equipo de profesionales. El precio del formato electrónico debe ser accesible para el lector, y muchos autores de Amazon creemos en ello. Para que esto pueda seguir siendo así, necesitamos un pequeño gesto por vuestra parte: reseñar esta novela en la página de Amazon donde fue adquirida, para que otros potenciales lectores se animen a leerla. Como autor os estaría agradecido. Os espero en mis otras obras, que podéis ver listadas a continuación. Espero que volvamos a encontrarnos. Muchas gracias por leerme. De corazón.

OTROS LIBROS DE ISRAEL MORENO

MAÑANA ES HALLOWEEN

Disponible GRATIS en Amazon con Kindle Unlimited. Más de 100 000 ejemplares vendidos. Nº1 TERROR JUVENIL.



Sinopsis: La historia nos traslada al poblado de Naime, un escenario montañoso popular entre turistas amantes de esos paisajes y, a la vez, aficionados a lugares ricos en mitos y leyendas. Nos encontramos en la víspera de la noche de Halloween y, partir de un lugar y fecha en común, se nos presentan varios personajes de forma independiente. Una pareja que viaja a conocer a unas amistades cibernéticas. Un agente de policía obligado a trabajar esa noche en un lúgubre ayuntamiento en obras. Y una pandilla de adolescentes que busca emociones fuertes en una gran mansión supuestamente encantada. Dichas historias contadas de forma paralela conformarán un entramado de tramas entrelazadas que nos someterán a cuestionarnos qué es real, las intenciones de los personajes y de cómo han llegado a esa situación.

HOYES HALLOWEEN

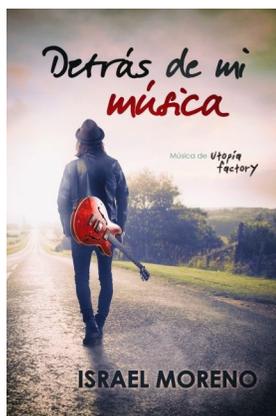
Disponible GRATIS en AMAZON con Kindle Unlimited.



Sinopsis: Dos años después de *Mañana es Halloween*, el pueblo de Naime parece haber vuelto a la normalidad. Atrás quedan el horror y la sangre de aquella aciaga noche, olvidada ya por casi todos sus habitantes. Pero esa aparente calma... ¿no será acaso el preludio de algo peor? ¿No estará por llegar una amenaza mucho más terrible y de dimensiones apocalípticas? Víctor es uno de los que no olvida. Todavía lucha por recuperarse de las secuelas, físicas y mentales, de la tragedia que para él representa la Noche de Brujas desde entonces. Pronto empieza a sospechar que la pesadilla no ha terminado, cuando recibe una inesperada visita nocturna. Isaac, su padre, emprende una ardua investigación para averiguar cuál es el papel del jefe de Policía en los brutales sucesos que han venido ocurriendo a lo largo de los últimos años. Una verdad oscura y siniestra asoma, a poco que se rasque en la superficie. Mientras tanto, un grupo de jóvenes acaba de ganar un concurso con un premio muy especial: celebrar la Noche de Halloween en el castillo del mismísimo conde Drácula, rodeados de mujeres ávidas de sexo y... ¿algo más? Bienvenidos a la Noche del Terror. Estáis a punto de conocer una maldad antigua y devastadora. Un oscuro y ancestral plan que se cierne no solo sobre Naime, sino sobre toda la humanidad.

DETRÁS DE MI MÚSICA

Disponible GRATIS en Amazon con Kindle Unlimited.



Sinopsis: Málaga, año 2015. Izan, un treintañero que regresa a su ciudad natal después de una larga ausencia, siente que ya nada es como recuerda. ¿Qué queda del grupo de pop-rock que fundó con sus amigos Jaime y Vicente? ¿Qué de los bares, las fiestas y los amores de entonces? A la memoria le vienen imágenes de su juventud en los albores del nuevo milenio. Aquel mágico 1999 en el que todo cambió, mientras preparaban el concierto de sus vidas como un medio para alcanzar un importantísimo fin: perder la virginidad antes del fin del mundo vaticinado por Nostradamus en sus famosas centurias. A través de esos recuerdos, entre risas, reencuentros y sinsabores, Izan redescubrirá la verdad de su vida, lo que realmente le importa y le da impulso para seguir adelante. El secreto que se esconde detrás de su música.